Casimiro Alcubierre

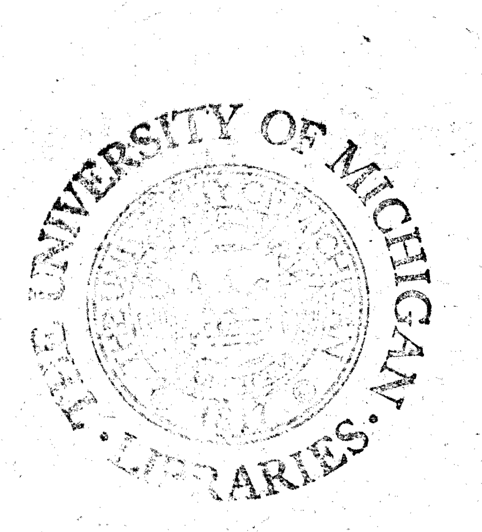


# España en Filipinas

## LOS ULTIMOS AÑOS DE SU DOMINACION EN EL ARCHIPIÉLAGO



1910
Est. Tip. EL IMPARCIAL - 25 de Mayo


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES


THE CELLAR BOOK SHOP
18090 WYOMING
DETROIT, MICH. 48221
U.S.A.

# ESPAÑA EN FILIPINAS

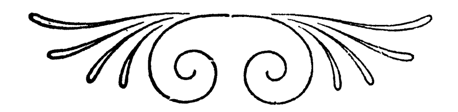
## LOS ÚLTIMOS AÑOS SU DE DOMINACIÓN

— EN EL —

## ARCHIPIÉLAGO

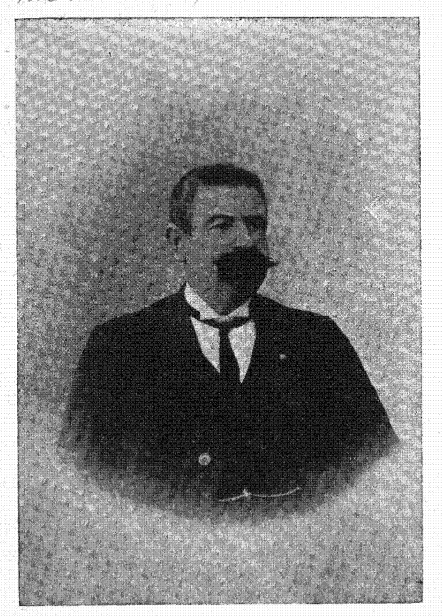
— POR —

**CASIMIRO ALCUBIERRE**



Establecimiento Tipográfico EL IMPARCIAL — 25 de Mayo.

— 1910 —



*Casimiro Alcubierre*

# PRÓLOGO

## Á MI QUERIDA PÁTRIA

Cuanto mas sufro y distante estoy
de tí más te amo.

A tí Patria querida, á tí dirige ofrece y recomienda el escaso valer de estas mal trazadas líneas, uno de tus hijos, el más humilde de cuantos tienes, el que quizá con más resignación recibe los dardos á tí dirigidos por seres ingratos que no saben apreciar ni reconocer los grados de tu noble y desinteresada generosidad.

Perdido el resto de tu imperio colonial sólo deben pensar tus hombres de gobierno en regenerarte. ¡Ah Patria mía! Si los políticos, y todos tus hijos en general, sienten el impulso del amor que te mereces, y se avergüenzan de tus últimos desastres; si son nobles y fieles hijos, no deben descansar un momento hasta que vuelvan á conseguir tu antigua grandeza y poderío.

Tu suelo es rico y próspero; la mayor parte de tus hijos trabajadores, honrados y valientes como nobles descendientes de los Cides y Pelayos, de los que vencieron en Sagunto, Bailen y Numancia y en otros mil y mil hechos que llenaron gloriosamente las páginas de tu historia.

Pero si grandes fuimos entonces, mas grandes, más heróicos, más esforzados tenemos que ser en la ocasión presente en que cualquiera pueblo que no fuera el Español hubiera perdido su puesto en Europa á fuerza de tantos y tan rudos embates.

¿Y quieres conocer, Patria mía, las causas de tu decadencia, de tus congojas, dolores y sufrimientos?

Pues no los busques más que en tu desventurada política engañosa y sujeta á pandillajes cuyos

móviles son la vanidad y la ambición y cuyos fines están reducidos al logro de particulares intereses, sin cuidarse para nada de remediar las necesidades del verdadero pueblo.

Por lo tanto, Patria mía, si todos tus hijos y con más motivo los que el destino designó para gobernar, se europeizan haciéndose amantes de tí, no de las dinastías que entorpecen la marcha progresiva de los pueblos; si sus presupuestos los invierten en obras reproductivas, no en obras muertas como lo vienen haciendo; si procurando prudentes economías como reclama el contribuyente en general y exige con urgencia el enorme deficit de tu hacienda; si se avergüenzan de tus últimos desastres, entonces y solo entonces, se calmaría la opinión justamente recelosa y hondamente conmovida; y tu Patria desventurada, heróica por tus sacrificios; sublime por tu paciencia, abrirás tu magnánimo coraón á la esperanza; te prometerás días serenos, y á la sombra de tus directores elegidos por la voluntad soberana del pueblo, serás próspera, grande y fuerte, y si para ello necesitas mi sangre correré gustoso á ofrecértela y morir por tí diciendo una y mil veces: ¡Viva España!

CASIMIRO ALCUBIERRE



## CAPITULO I.

Se hace imposible la vida en los pueblols rurales de España, á todo aquel ciudadano que abrigue ideas radicales.

Tiene que ser hipócrita ó idiota. En el momento que no sea sumiso al cacique, está perdido: sus negocios, su industria todo irá derecho á la bancarrota.

Víctima de esta clase de reyezuelos, el cebamiento de las autoridades en envolverme en inícuos procesos, dió por resultado lanzarme á surcar los mares, yendo á parar á Manila, capital del Archipiélago filipino.

El derecho de haber sido clase en el ejército español me proporcionó el cargo de alcaide 1.o de la cárcel pública de la cabecera de Bulacan.

En el mes de Mayo de 1896, cuando se llevaban á cabo con más vigor los trabajos de conspiración del pueblo filipino, que quería redimirse, me encontraba desempeñando el mencionado cargo. Debido á mi carácter nada pretencioso, me gané las simpatías de la mayor parte de los que conspiraban contra España; con ellos alternaba en fiestas y reuniones; ellos me distinguían y apreciaban, hasta el extremo de apreciar como amigos á la mayoría de ellos.

A mediados del mes de Mayo, como á las once de la mañana, se presentó á las puertas de la cárcel un individuo entregándome una carta firmada por una mujer. Aunque la letra me pareció no ser la suya, en ella me invitaban á comer á la casa de D. Francisco Morelos, con motivo del bautismo de su hija, y aunque estrañé mucho que una mujer con quien no tenía mucha confianza me dirigiese una

carta en tonos tan amistosos, la curiosidad me impulsó á ir á la casa del convite.

En ella se hallaba como de costumbre lo más florido de la población, tanto del bello sexo como del fuerte; figurando entre los comensales tres desconocidos, los que me fueron presentados por el dueño de la casa, resultando ser D. Antonio Rojas, abogado; Faustino Villaruel y su hija Rosario, que fueron los padrinos de la nueva cristiana. Terminada la comida pasamos á tomar café á una habitación contigua al comedor.

Rojas y Villaruel se sentaron á mi lado y dieron principio á la conversación con referencia á los sucesos que se desarrollaban en Cuba, lastimándose de un modo hipócrita de que España perdiese aquella Isla á causa de los malos gobiernos. Rojas habló mucho de política y religión ensalzando al clero mejor que lo puede hacer un jesuita; pero á mi, todo me parecía cinismo y falsedad y que parece se proponían tirarme de la lengua; más como yo no les conocía me expresé con discreción ensalzándote patria desventurada, procurando combatir con prudencia las ideas separatistas que yo les suponía.

Más entonces noté en ellos algo de frialdad y curioso por ver lo que pensaban estos señores y si eran ciertas mis sospechas, mudé de rumbo y diciendo que mis ideales eran republicanos esplanando en una forma entusiasta el programa de Don Francisco Pí y Margall.

Estas declaraciones reanimaron mucho á estos, y Rojas rebatía mis razonamientos y lo mismo hacía el señor Villaruel queriendo con esto hacerme creer su fidelidad al gobierno constituido.

El resto de la tarde lo dedicaron unos al panguingue — juego de maipes — otros al canto y á las danzas, no faltando algunos que se retiraban á las habitaciones interiores haciéndose señas misteriosas mientras uno de ellos me entretenía en compañía de la señorita que me había dirigido la carta, y en la cual noté más amabilidad y cariño que de costumbre.

Al retirarme al oscurecer á mi casa estuve meditando sobre lo anterior y deducí que la reunión su objeto principal, consistía en trabajos de conspiración y creyéndome á mí muy cándido, me podían utilizar como instrumento para justificar en caso de denuncia, lo contrario ante nuestras autoridades.

Después de pasar lista á los presos y dejar el servicio montado para la noche, me llegué á ver mi "dulcinea" y le mostré la carta con su firma, por lo que dijo no ser su letra, y asustada y con ímpetu, de leona, se apoderó de la misma, haciéndola pedazos; por lo que se acrecientan mis sospechas con todas estas combinaciones de los referidos invitados, sirviéndome todo ello de base para en lo sucesivo seguir por lo que pudiera perjudicar á España la conspiración á que aludo.

## CAPITULO II.

Al siguiente día me encontré con un oficial de la guardia civil, natural de Manila, el cual después de preguntarme, si me había divertido mucho el día anterior, me recomendó que fuese á su casa porque tenía que hablarme.

Así lo hice, pero ni en aquella noche ni en las tres siguientes me habló de otra cosa que de mi estado en la península y de mis ideales en política.

Fueron para mi tan extrañas estas preguntas, que después de recapacitar unos segundos le contesté que en España era republicano pero en Filipinas patriota hasta morir.

¿Por qué este señor me hizo tales preguntas? Como hijo de Filipinas, ¿será uno de tantos? ó por el cargo que desempeña seguirá la pista á los conspiradores y por alternar con estos, intenterá envolverme en un proceso por traidor á mi Patria?

Entonces determiné estar alerta y seguirle los pasos.

Puesto en guardia dejé correr el tiempo. A la población acudían personas extrañas, y entre ellas Poblete y varios que después cuando se descubrió

el complot en Manila fueron castigados con la última pena.

Por este tiempo llegó el alcaide 2.o apellidado Lacandola, natural de Tondo, y á los quince días formé tan mal concepto de él por lo que, de noche le vijilaba tanto como á los presos.

En efecto, no me había engañado; pues este alcaide catequizó á los presos de una manera extraordinaria instruyéndolos en ejercicios militares, escusándose ante mí, que su objeto era la rápida formación en las horas de lista. Sobre doscientos tenía por entonces en la cárcel y al formar para pasar lista, los miraba yo como queriendo penetrar en sus corazones; su agitación era manifiesta, y bajaban la vista como avergonzados; sin duda conocían que leía en ellos como en letras de molde.

El señor Mariano Gil, cura párroco de Tondo se dice que fué el primero en descubrir el movimiento revolucionario del pueblo filipino, pero mucho antes que el mencionado fraile, notifiqué mis sospechas á D. Julio Pimentel y D. Marcial I. Heira; el primero administrador de hacienda y el segundo oficial 2.o de dicho gobierno, no dando también conocimiento oficialmente al gobernador D. Manuel Baldasano porque no tenía pruebas concretas.

Sin embargo á este gobernador le fueron trasmitidas mis observaciones y al notar un tanto de misterio y de preocuppación en individuos que yo señalé, todo esto dió lugar á creer veraces mis advertencias por lo que hubo una reunión de peninsulares para tratar del asunto.

Reunida la colonia bajo la presidencia del gobernador de la provincia, cada cual daba su parecer y todos excepto Pimentel y Heira, dudaban y despreciaron mi aviso.

Como te tengo narrado los hechos, Patria mía, yo no tenía pruebas concretas, y esta fué la causa que me llenó tan insensata colonia de oprobios y creí que esta me mandaba fusilar, pero todo esto no me arredró y con una espresión resuelta y firme les

dije: "Señores: están Vds. persuadidos que son grandes sabios, y esa pretensión les dará por resultado morir como corderitos sin tener la dicha de defenderse. Yo moriré también pero yo se quien me ha de atacar, y tendré una muerte dulce vendiendo cara mi vida con este revólver suizo, y este cuchillo joloano".

El aplomo de mis palabras causó efecto en los asistentes, y las miradas de todos descargaban sobre mí sus rayos, no sabiendo yo distinguir si era horror ó cólera lo estraño de sus pupilas.

No hubiera salido muy bien de esta refriega si al día siguiente no sorprendo al cabo de vara entregando una carta á una mujer, y como viese que mi segundo cogía en la puerta la carta y la rompía en muchos pedazos, en dos saltos pasé á tomar parte en la escena, y dije: "esa carta que ha roto Vd., quiero ver unida,,.

— Señor, dice el 2.o alcaide, estos brutos se quieren sublevar.

Detenida la mujer, y reconstruída la carta, se la llevé al Gobernador, y la mandó traducir al escribiente F. S. y escuchamos lo siguiente:

"Por la mucha vigilancia que tenemos, no nos ha sido posible salir, pero si las circunstancias lo exigen, estamos dispuestos para marcharnos todos".

Dos días después acontecían los primeros sucesos de Manila y Nueva Ecija.

Asombrado quedó el Gobernador con esta lectura, y atónito después de ciertas declaraciones de los presos complicados por cuyo hilo dímos con el local donde celebraban reuniones; apoderándonos de su documentación, de acuerdos, lista de lo que cada uno contribuía para gastos de revolución, en la que figuraban todas las personas por mi denunciadas en son de sospecha, y más afectas á las primeras autoridades.

Al aclararse el plan de revolución por estos insurgentes proyectado, la colonia en general me llenó con un sinnúmero de palabras de agradecimiento,

redactando en el momento una propuesta pidiendo al gobierno de Madrid, una recompensa, por lo que me fué concedida la condecoración de Caballero de Isabel la Católica.

En el mismo día se presentó en el gobierno el capitán municipal y avisó al gobernador que habían desaparecido varios vecinos del pueblo. Pero este no le manifestó fielmente la verdad, pues por mis observaciones y por confidencias de un individuo llamado P. C. estaba persuadido que faltaban una tercera parte de vecinos, y que se encontraban reunidos en número de dos mil preparados para atacar á la población.

Como en esta no se contaba con otra defensa que unos cuantos guardias civiles indigenas y ocho ó diez españoles desarmados, dió parte el gobernador á Manila, y á las diez de la noche nos llegaron varias cajas con fusiles y municiones, y como tan malas noticias corrieron aquella noche, todos los de la colonia echamos manos de aquel armamento, como si fuera nuestra única salvación.

Allí era de ver al gobernador — general de marina — al padre Valdés — pocos meses después, obispo de Taca — y á los demás empleados quitar la grasa de los fusiles y empuñarlos rebosando alegría y satisfación, mientras en los empleados filipinos se notaba lo contrario.

A medida que te voy haciendo relación de los hechos, Patria querida, para que no reproches mi proceder, voy á permitirme algunas consideraciones, pues yo sé que en el fondo de tu alma no cabe la ambición, y tu espíritu progresivo, no cierra la puerta á la Confederación Universal.

¡Pobres filipinos que quieren redimirse! ¡Desventurada de tí que por la torpeza de tus gobernantes desaparecen de tu corona perlas y brillantes sin cuento, empobreciendo así tu diadema... y entre el amor á lo justo del pueblo filipino y el amor á tí, concluí por declararme predilecto de tu bandera.

El humo de la pólvora, los desórdenes de la guerra, la sangre que enrojece los campos, el instin-

to de conservación, todo esto es causa de defenderte á tí fielmente, menospreciando el ser de mis ideas de progreso, menospreciando lo justo de la redención de un pueblo que lucha por ser libre.

D. Manuel Baldasano renunció el gobierno por enfermo, y al día siguiente llegó Artiaga con trescientos hombres. Este guerrero castigó con mano dura á los sediciosos.

Varios oficiales de su clase recriminaron á este de poco tacto y de haberse ensañado en gente indefensa; pero éste vióse rodeado por miles de enemigos los que á grandes voces exhortaban á sus soldados á pasar á las filas enemigas y viéndose en peligro cargó con tal furia que pocas horas después yacían esparcidos en rededor del convento del pueblo de San Rafael, ochocientos insurgentes.

En el tejado entre las chapas de zinc pudo salvarse el general Llanera.

A medida que el tiempo pasa con escaramuzas y asesinatos en las personas de los comandantes de puesto de la guardia civil, esposas é hijos, en la cabecera de Bulacan se instruye un proceso á los conspiradores por mi denunciados, á los que el fallo los castiga á pena capital, pero estos aprovechan la política del general Primo de Rivera, apelan ante el Tribunal Supremo y como fundamento á su apelación es que el alcaide 1.o les arrancó las declaraciones á la fuerza. Se apersona el Comandante Piqué en su averiguación; los veinte y tantos sentenciados á pena de muerte salen absueltos, y el denunciante procesado.

Las ideas sustentadas por mí é introducidas por el humanitario credo de D. F. P. y M., calmaron mi indignación y perdoné á los impostores, ya que su reclamación llevaba por propósito, salvar sus vidas.

El amor que te tengo á tí Patria, me contuvo el pasarme al campo enemigo, y vengar el ultraje, que tus gobernantes inferían á mi fiel proceder.

Toda la colonia vió con desagrado tal infamia, y ella me libró con su decisión el que entrara á

ocupar los calabozos que los rebeldes dejaban vacíos.

## CAPITULO III.

Todo peninsular que llevase algún tiempo en el país, vió con disgusto el relevo del general Polavieja que éste por medio de las armas había debilitado al insurgente. Y con disgusto el nombramiento de P. de R.

Con tan funesta política, fomentó la insurrección de una manera extraordinaria, sucediéndose los asesinatos de cazadores, frailes y particulares, al mismo tiempo que se cantaba el Te Deum por la paz.

Acto de risa fué esta fiesta para los separatistas de la cabecera de Bulacan, cuando en dos días antes y dos días después, descuarterizaron al P. Moisés de Malolos, al de Santa Isabel, Locadio, Vera, Pinedo, y dos empleados de dicha cabecera.

Sin embargo de todos estos asesinatos, P. de R. recomendaba calma y ser fusilado el soldado que ejerciera sus armas en defensa propia, quizá sujestionado por la habilidad de Paterno y Buencamino, pero el descalabro que recibió su sobrino en el ataque de Puray, le obligó á conducirse con más energía, dictando órdenes que de haberse llevado á cabo hubieran dado el golpe de muerte á la insurrección.

Los mismos insurrectos han dicho que la aglomeración de gentes en Biac-no-bató sin alimentos, sólo servían de impedimento, lo que les obligaba á rendirse incondicionalmente al ser atacados.

Pero Paterno y Buencamino se encargaron de despistar al general con negociaciones que dieron por resultado un asqueroso pacto.

Las condiciones de este fueron:

1.o — Que los insurgentes entregarían las armas;

2.o — Que Aguinaldo y sus principales cabecillas serían conducidos al puerto de Hong-Kong, dándoles P. de R. una suma de ochenta mil pese-

tas y quedando como garantía del cumplimiento de lo estipulado, detenidos en Biac-na-bató los generales Tejeiro y Monet.

3.o — Que al cumplir seis meses, contando desde la fecha que se firmó el pacto, había de implantarse en Filipinas la autonomía y embarcar para España á todos los frailes.

Bajo las bases estipuladas se hizo el pacto.

Se procedió á recojer las armas de los insurgentes; estas se componían de bolos — sables del país — cañones de tubos de cañerías, alguna que otra escopeta de salón y algunos fusiles remington inútiles.

Todas estas armas pasaron por Ginguinto y tuve ocasión de verlas. Los insurrectos no entregaron ni el uno por ciento de sus armas buenas.

¿No lo comprendió P. de R. así ó no contó y examinó las armas?

En resúmen: Aguinaldo salió desde la estación de Calumpit á Dagupan en coche-salón, llegó al extranjero con dinero salvo y bueno y dispuesto á trabajar detenidamente hasta encontrar la clave de crucificar á España.

## CAPITULO IV.

Con respecto al famoso acto del Te Deum con motivo de la pacificación de Filipinas, quiero, Patria, darte algún detalle.

A este acto asistimos la colonia, un piquete de la guarnición, y demás autoridades filipinas que completaban la empleomanía de la cabecera.

Este acto resultó muy triste. Los españoles apenas levantábamos la vista, pues conocíamos que el objeto ó motivo de la fiesta era una mentira. Respecto á los bulaqueños, si con una máquina fotográfica se hubieran sacado sus retratos, un observador hubiera visto en sus fisonomías la hipocresía y el sarcasmo... Satisfechos podrían estar, pues se cantaba el Te Deum por la paz, por la muerte de la insurrección, y sin embargo ellos estaban persua-

didos que sus anhelos de independencia nunca llegaron á estado tan vivo, ni de probable satisfación. Los cabecillas insurgentes sembraron en sus huestes antes de abandonar su campamento de Biac-na bató, que la paz se hacía por seis meses, tiempo que necesitaban para reorganizarse y comprar armas en el extranjero.

La falsa paz fué rectificada y coronada á pocos días después de celebrada, por un sinnúmero de asesinatos, los más horrendos que decir se puede.

Entre los asesinados figura el P. Moisés cura de Malolos que por cierto trabajó en favor de la libertad de los bulaqueños que estaban presos en los calabozos de la puerta de Isabel II.

Nada pudo averiguarse entonces de los autores del crimen.

Pocos dias llevaba el T. C. D. Eduardo Oyarzabal de gobernador de la provincia, cuando el 1o. de Mayo nos despertó el estruendo de multitud de cañonazos, y poco mas tarde nos comunicaron de Manila el desastroso fin de nuestra mísera escuadra.

En este mes los bulaqueños en número de cinco mil celebraron una manifestación frente al gobierno de la provincia, llegando á él en tres grupos mandados por tres cabecillas de la anterior insurrección.

Estos se deshacían en elogios y vivas á España y al general Monet á quien ofrecieron sus vidas y dinero para rechazar al intruso americano.

Los frailes de la mayor parte de los pueblos que en aquel dia se hallaban en la cabecera y los empleados de la colonia que llevábamos algun tiempo, no tomamos parte en la manifestación, y yó, juzgué que ese acto era un simulacro de los ex-insurgentes para ponerlo en juego contra España el dia que lo estimasen conveniente.

A mediados de este mes fueron armados estos manifestantes por nuestras autoridades. El mismo gobernador con su hijo entregaban los fusiles por sus propias manos.

Con disgusto presenciaba yo esta insensata faena, mas propia para ejercerla yo que el gobernador por lo incómoda y pesada para su edad y categoria, y sin embargo oponiéndome á mi delicadeza, no me ofrecí á tal señor, por lo que me miraba extrañándose de mi proceder.

Como una estátua permanecí no sé el tiempo y sosteniéndole su mirada, bajó su vista quizá preveyendo el triste fin que nos aguardaba.

Despues de meditar de la fatal política empleada por nuestros jefes me acerqué al gobernador y le dije: "D. Eduardo dispense V. que yo no le ayude en esta faena, les dá V. las armas á esta gente para matarnos con ellas.

Seis ó siete dias despues estos voluntarios asesinaron al capitan, oficiales, sargentos, cabos, dos ó tres asistentes y al corneta, todos peninsulares.

Este gobernador fué relevado y en su puesto llegó D. Vicente Cuervo.

Del veinticinco al veintiseis de Mayo despues de la toma de posesion, del nuevo gobernador este me llamó á su despacho, y me preguntó á cerca de los presos y otras cosas inherentes á mi oficio. Yo le manifesté con franqueza que estaba disgustado de mi cargo, y solo me retenia en el empppleo el amor á España y á la colonia modo de poder pagar á esta la defensa en mi favor ante el juez instructor Comandante Piqué al querer suspenderme y aprisionarme, y continuando en el cargo podia librar á tan justiciera colonia, de la vida en inminente peligro por los presos, foco y ejecutores de horrendas matanzas en varias provincias del archipiélago.

El temor de que estos amigos y compatriotas fueran victimas de los presos que estaban á mi cargo, me retenia en el mismo, por lo tanto, esta colonia por el cambio de política es relevada, y yo le entrego á V. la dimision por escrito.

D. Vicente Cuervo no me admite y me reanima á seguir en mi cargo con el celo de siempre, ofreciéndose su autoridad en mi favor como lo habian

hecho la anterior colonia No pensaron de igual modo que este gobernador el resto de la empleomania recien llegada de España; pues estos dando oidos á la sagacidad de los separatistas, recriminaron los actos de Artiaga y demas empleados de la anterior colonia, siendo yo el pagano de todo por ser el único presente, siendo ofendido mas de una vez por la mirada de estos cándidos empleados.

¡Mi patria querida! El amor que te tengo y el corazon fraternal hecho con germen del desprendimiento de sus credos, de apóstoles, de unos hombres que te quieren mucho y hacen esfuerzos por regenerarte, pues bien Patria; la forma de ser de mi corazón cimentado en el bien y para el bien, podia resistir el desprecio con que me miraban los ojos de mis compatriotas inocentes á las tramas con que se sirve un pueblo que quiere ser libre.

Pagando bien por mal, hacia ver á mis compatriotas sus propios errores, pero estos me pagaban siempre con la mirada incrédula y despreciativa.

No pasaron veinticuatro horas de mi última conferéncia sin que por desgracia conocieran la verdad de mis apreciaciones.

Al siguiente dia (27) salieron para la estacion de Guiguinto en varios carruajes los P. P. Agustinos, Leocadio Sanchez, Miguel Vera, Francisco Renedo y Francisco Jiron, yendo en su compañia D. Luis Medina empleado de la tabacalera, señora é hijos; D. Emilio Pastrana almacenero de hacienda é hija y el médico D. Eduardo Diaz, señora y madre politica.

Llegaron á la estacion sin novedad y en ella encontraron al teniente Vicuña con treinta guardia civiles que conducian á la cabecera veinte carromatos cargados con municiones.

Habíanse reunido en Guiguinto muchos indios del mismo pueblo, de Paombon y Malolos, armados con fusiles españoles y dirigidos por Julian del Pilar y Amando, Airan, Adriano Gatmaitan y un tal Puyo, los mismos que dias anteriores habian gritado ¡Viva España!

Su iintento era apoderarse de las municiones pero no se atrevieron á ejecutarlo conocido el valor del teniente Vicuña y las precauciones que este habia tomado al conducirlas á la cabecera. En cambio estos insurgentes encontraron indefensos en la estación á los sacerdotes y demas personas mencionadas, y después de robarles fondos y demás que consigo llevaban, cebáronse en aquellos con salvajismo de fieras.

Por relato fidedigno de las señoras que se encontraban en el lugar del suceso, y por los mismos asesinos, que poco tiempo después siendo su prisionero, me dieron cuenta de estos detalles, puedo asegurar que el hecho sucedió en la forma siguiente:

— El tren de pasajeros venía con retraso, las fuerzas de la guardia civil, conduciendo el convoy, se había retirado para Bulacán, y los pasajeros ya mencionados se encontraban impacientes esperando el tren: éstos son rodeados por una docena de asesinos quienes llevaban sus puñales ocultos, y á una seña convenida hunden sus armas en los cuerpos de nuestros compatriotas, y estos indefensos corren despavoridos implorando perdón para que no continuaran los asesinos su obra.

El P. Vera y P. Renedo se postran de rodillas; estos no son oidos de los asesinos y en la posición en que se encuentran son macheteados hasta dejarles los brazos picados á tajos como lo hace un tablajero con una pierna de cordero.

Al paso que estos dos P. P. no encuentran salvación, el P. Leocadio corría por la sementera en dirección á su pueblo abrigando quizá la esperanza de que sus feligreses se compadecerían de él, pero no tuvo más suerte que sus hemanos. Al ser alcanzado por los asesinos echóles en cara su ingratitud y cobardía, pues atacaban tantos á un indefenso, y aunque luchó á brazo partido con ellos fué macheteado.

El señor Medina, empleado de unos cincuenta años de edad, casado en el país, horrorizado de las escenas anteriores cogió á dos de sus niños, mien-

tras los demás hijos le seguían con dirección á Bulacán; su esposa huía con el médico Díaz en un carruaje. Pero ni el ver á un hombre indefenso é inofensivo, ni la inocencia de aquellos dos niños fué bastante para conmover los corazones de aquellas fieras; diéronle una puñalada en el costado derecho que le hizo caer al suelo con sus niños, siendo macheteado hasta dejarlo como á los P. P. Agustinos.

También junto á la estación se desarrollaba otra escena conmovedora. El almacenero de hacienda D. Emilio Pastrana hallándose con su hija política sin saber á donde huir fué herido de una puñalada en el costado, y después atado á la cola de un caballo se lo llevaron arrastrado hasta el barrio de Pamaragua en cuyo lugar murió.

El P. Jiron cura del pueblo de Bigaá tuvo más suerte que los demás.

Este tenía un hermoso campilán — sable nuevo — de dimensiones regulares que yo había visto varias veces aunque nunca le pregunté, si lo tenía como regalo de algún amigo, ó si para defensa en caso de necesidad.

Lo que hay de cierto es que el P. al ver la brusca acometida de aquella horda de salvajes, quiso vender cara su vida.

Poco más de un mes después de estas escenas y al rendirse Bulacan me llevaron al pueblo de Hagonoy y el centinela que me vigilaba me decía: — El P. Jiron valiente en el puerto de la estación tiene muchos Taos — hombres — con bolo — sable —; no puede dar patay — muerte — con él; seguro él patay con dos, y dos con heridas.

Este P. recibió una herida en la cabeza y varias en la espalda. En estos momentos llegó el tren de Dagupan para Manila y al retirarse los asesinos logró este P. tirarse desde el tejado de la estación hasta los vagones, y pudo salvarse.

Al siguiente día fueron conducidos los cadáveres de nuestros compatriotas á la cabecera y con el sentimiento y oraciones de los peninsulares recibieron sagrada sepultura.

V.

Prosiguiendo mis observaciones y confirmándose cada vez más mis temores, en el estallido filipino, procuré aprovisionar la cárcel de arroz y palay — también arroz sin elaborar — sal, petróleo, para luz, etc.

Esto era el veintinueve de Mayo. El día treinta á las cuatro de la tarde hablé con el señor gobernador; por lo que le dí cuenta de mis sospechas de que por momentos esperaba el golpe de rebelión. Seguidamente nos personamos en el cuartel y avisamos al comandante Ortiz de la proximidad del peligro. Como dicho comandante se mostraba muy confiado le dije: si quiere Vd. cerciorarse de lo que le aseguro, hágamos un reconocimiento y si á los trescientos pasos de este cuartel no encontramos el enemigo atrincherado, puede Vd. fusilarme.

La firmeza con que le hablé le causó efecto y en unión del gobernador trazó entonces un plan de defensa que pocas horas después dió gran resultado.

Al despedirme de estos señores les felicité por las medidas que pensaban tomar, pues librándonos de una sorpresa ya no había que temer.

Con gran alegría de los oficiales que yo puse en acecho de mis observaciones, se organizó la defensa en la forma siguiente: en las escuelas, que servían de cuartel, el comandante Ortiz, capitán Morazo y Sonromá, tenientes Sadia, Balaguer, Labarreta y ciento veinte clases y soldados.

Casa de gobierno: Comandante Orozco; tenientes Guillon y Vicuña, once cazadores; veinte guardia civiles indigenas; un sargento europeo, el gobernador señor Cuervo, y su segretario Díaz de Oñate.

En la cárcel pública: el alcaide 1.o Alcubierre y su 2.o y 3.o, éstos indigenas.

Casa convento: capitán Moris, teniente Domínguez, un sargento, once cazadores, diez y ocho guardia civiles, administrador de hacienda D. Manuel López Marin, interventor Bros, el secretario de la junta provincial, y D. Wenceslao Caballero é hijo.

Cuartel de la guardia civil: capitán Mateus, teniente Snigfiel — éste murió en la defensa — dos sargentos, dos cabos, catorce cazadores, y diez y ocho guardia civiles.

Aquella noche, después de cenar, me vestí el traje de voluntario con revólver al cinto, recorrí el recinto de la cárcel como lo venía haciendo tres años consecutivos siendo la tranquilidad de la colonia — según ésta decía.

Al pasar por los bajos del gobierno, me dijeron los tenientes Guillon y Vicuña: ¡parece que has cambiado de traje...

— Sí; éste es mejor; no es tán fácil la puntería.

— ¿Pero crees que nos pueden atacar?

— Si esta noche no nos atacan no lo harán nunca.

El teniente Vicuña dijo: Pueden venir cuando quieran; la mitad de la fuerza está con las armas en la mano, y la otra mitad preparada para la voz de alarma.

A las cuatro y media de la madrugada, cuando yo estaba pensando haberme equivocado, siento dar el quien vive al centinela de la escuela cuartel; no le contestan; vuelve á repetir la voz, y una descarga cerrada por todo el circuito de la plaza fué la contestación que dió el enemigo.

Este se hallaba á cien metros de distancia, y nosotros le contestábamos con descargas que se sucedían de minuto en minuto. El fuego siguió hasta las nueve y media con la retirada del enemigo, y entonces pude ver que sus muertos tenían al lado fusil americano y escala de caña con la que esperaban escalar por sorpresa nuestros cuarteles.

Nuestras bajas consistieron en un cazador y un guardia civil muertos y otro herido.

En el momento del ataque, Patría mía, me encontraba situado en una especie de reducto que con anticipación había construído para vender cara mi vida y donde podía defender la puerta de la cárcel y la salida de los presos.

Con el silbato llamé á mi 2.o y 3.o y con el caño de mi mauser en dirección de éstos les amenacé que en el momento de ver un preso en el patio, fuera de sus dormitorios volaba la cárcel con dinamita que tenía colocada al efecto.

Estos se retiraron y yo continué haciendo disparos certeros á los insurrectos que burlando los fuegos de los demás cuarteles, intentaban asaltar la cárcel.

Las bajas que hice al enemigo, unas sobre otras en el estribo del puente, contuvo el avance de los revolucionarios y en el momento que uno de éstos cayó desplomado y otro caía y se levantaba estuve á punto de herir á los míos que con el objeto de venir á ausiliarme perforaron una pared y entre la oscuridad de la mañana vislumbré el traje de nuestros soldados.

A las diez de la mañana y después de haber conferenciado los comandantes Orozco y Ortiz salió el capitán Sanromá, el teniente Vicuña y quince soldados para hacer una descubierta y á la vez recojer del cuartel de la guardia civil la fuerza que allí se hallaba acuartelada, no sólo por hallarse en gran peligro de ser copada, sinó también por temer que las guardias civiles se pasasen á los insurrectos.

Desde los porches de la casa gobierno salieron estos valientes desplegados en guerrilla con su valiente capitán al frente, siguiendo la calle real mientras el teniente Vicuña seguía á retaguardia, y nosotros protegíamos los flancos.

El heróico Sanromá seguía avanzando y ya rebasaban las primeras trincheras de los insurrectos, á pesar del nutrido fuego que les hacían de una casa, cuando al ver, que su columna había perdido la mitad de los hombres y los restantes vivían de milagro, en el cuartel tocaron retirada, la que se verificó con orden y sin perder ni un muerto ni un herido.

A las tres de la tarde hizo el comandante Ortiz un reconocimiento y quemó varias casas para despejar la parte posterior del cuartel, ayudándole con

sus fuegos los que estábamos en los demás cuarteles.

Ortiz encontró diez cadáveres con fusiles americanos y escalas de caña.

Mientras transcurría el día con los hechos que relato, las señoras y señoritas de la colonia rompían sus vestidos para curar á los heridos, les servían caldos y establecían el servicio sanitario al no haber ni médicos ni medicamentos.

¡Que peripecias y sobresaltos... cuantos sufrimientos desde el treinta y uno de Mayo hasta el veinticuatro de junio...

La imprevisión fué causa de tener pocos víveres, fuera de los que yo tenía en la cárcel, y fué necesario sacrificar hasta los caballos, uno de mi propiedad é incluso mi perro y gato que tenía en mi casa en la cárcel.

Cuanto padecieron las delicadas señoras..... Esperando por momentos el asalto del enemigo; comer poco y mal; los estrépitos de las detonaciones del constante y brusco ataque de los insurrectos, el desplome de los edificios por las granadas, y para parecer más negra la situación, perdida por completo la esperanza de ser ausiliados por nuestro gobierno de Manila.

Dos días de sitio llevábamos cuando los jefes de la plaza se encontraron sin víveres, y el espíritu de abatimiento por tal causa, no fué para mi desconocido; por cuyo motivo me apresuré á ofrecerles las provisiones que previendo el caso yo tenía hechas; por lo que me colmaron de palabras de cariño y reconocimiento, pues con ellas teníamos para resistirnos un mes.

Sobre estas raciones ó víveres que yo ofrecí para defender tu bandera, Patria querida, tengo que decirte y hacerte una observación.

Después de poder ganar la libertad, lleno de penalidades y heridas, anémico, después de un año de prisión — como más adelante te haré explicación de todo — pude llegar á Madrid, donde se posa el trono de las entidades que por derecho divino te re-

presentan. Al encontrar en esta á mis jefes y compañeros de sitio, les supliqué si sería posible que el gobierno me abonara algo de estos víveres que junto con mi sangre ofrecí para defenderte. Estos jefes cumplieron conmigo en conciencia y justicia, me apoyaron para ponerme en condiciones de solicitarlo, y después de muchos pasos, tiempo y hambre, el gobierno me reconoció el valor de las raciones — ¿pero cuándo lo cobraré?

Dejando las consideraciones de esta índole, para cuando crea oportuno decírtelas, rica matrona, voy á continuar con mi relato del sitio de Bulacan y demás.

Parte de los víveres que ofrecí á mis jefes, consistían en palay ó sea arroz sin elaborar.

En una campana y pilas del agua bendita de la iglesia, á falta de máquinas al efecto, con los presos preparaba el arroz necesario para el sustento de los sitiados.

Después de veintitrés días de sitio y de rechazar constantemente los asaltos del enemigo, agotados todos los víveres, y habiendo entre nosotros muchos heridos y enfermos se trató si había llegado el caso de capitular.

Ya lo había hecho el día diez y seis el capitán de la guardia civil por estar herido y el cuartel destrozado por la artillería del enemigo.

En este día veintitrés á eso de las tres de la tarde se reunieron nuestros jefes con los de los insurrectos en un kiosco de la plaza y celebraron la primera conferencia sin poder entenderse.

Al día siguiente se reunieron de nuevo y al salir de la conferencia pregunté á nuestros jefes:

¿Se han arreglado V. V.?

— Sí; me contestó el gobernador, y yo le repuse: al firmar V. V. la capitulación han firmado también mi sentencia de muerte.

El gobernador me aseguró que habían prometido respetar las vidas de todos los capitulados; pero como los principales cabecillas me odiaban tanto, no confiaba mucho en sus promesas.

Al momento dan los jefes órdenes á nuestros capitanes para desarmarnos, pues era la una y media y para las cuatro debían hacerse cargo de la plaza los insurrectos.

Escenas terribles... Cuando el teniente Guillón nos recogía los fusiles, unos lloraban de cólera, el sargento europeo Jovellar con sus guardias civiles se resistían á entregarlos; y yo estaba con el fusil en la mano como el náufrago en bravía mar, agarrado á una tabla, restos de la nave perdida.

En los momentos de angustia, y comprendiendo la inutilidad de la resistencia, llamé la atención á Jovellar y demás que le secundaban, diciéndoles.

— Tenemos que entregar las armas, pues de lo contrario tenemos que principiar por hacer fuego á nuestros hermanos, ó les espondremos á que rodeados de muchos miles de enemigos, estos crean se les ha engañado y maten á todos, hasta las señoras y niños.

Entonces saqué el cerrojo de mi mauser y desuniendo varias piezas las tiré á la huerta del convento.

Después me dirijí al cuarto del gobernador con objeto de recoger mi revólver y concluir con mi vida.

Cuando ya estaba en la escala para dirigirme á mi habitación y efectuar tal decisión, me llamó el gobernador preguntándome á donde iba.

— Al convento — le contesté.

— ¿Y que vá V. á hacer allí?

— Unirme al resto de la colonia que parece se reconcentran en ese punto.

— Vd. vá á suicidarse y el hombre que hace eso es un cobarde...

Estas palabras no sentaron bien á mis oídos, pero visto el fin benévolo de tan buen señor, calmó el impulso de ira que en el primer momento me produjo: por lo que le contesté, que el suicidarse no es cobardía, pues quería evitarme el escarnio que pudieran hacer de mi todos aquellos que delaté en un principio de los sucesos.

— ¿Y quién es V. para disponer de su vida á su antojo? Estréchemé la mano, asegurándome como caballero no atenterá contra su vida...

Como atraído por una fuerza superior, le entregué mi mano y lo mismo lo hice con su secretario Díaz de Oñate que me tendió la suya. Yo les aseguré no atentar contra mi vida esperando con serenidad los acontecimientos, entregándome en manos de la Providencia.

Mientras esta escena se desarrollaba en la escalera, por la parte esterior del gobierno, los revolucionarios imitando á los monos, subían por el asta de nuestra bandera colocando la suya que llamaban republicana.

Este acto era acompañado de repiques de campanas, músicas algarabias... para mi parecía realidad y llegado el momento de los estrépitos infernales de que me imbuía de niño el maestro de instrucción primaria.

Al observar y oir tanta confusión de voces, dice el gobernador: — ¿Qué, suben su bandera? pobre España... pobres hijos míos...

Como un demente seguía este señor articulando palabras las más gratas á mis oídos... nombraba á la patria y á sus hijos...

Una sacudida atroz causó en mi cabeza calenturienta estas palabras; saturada del humo de la pólvora é irritada con la melancólica mirada de despedida de los movimientos del sitio, y en este momento me recordé también de tí, Patria, y de mis hijos y esposa residentes en la península.

Pocos minutos después D. Vicente quedó en el gobierno para hacer entrega del mismo; y á mi me ordenó que fuera al convento á unirme con los empleados y elemento civil.

Así lo hice, pero antes quise despedirme de mis presos.

Al llegar al patio de la cárcel — por el mismo muro perforado en el primer día del ataque para venir en mi auxilio — encontré á estos presos con sus alcaides 2.o y 3.o; dirigiéndome á los últimos,

ordené se reunieran pues quería despedirme de ellos antes de entregarme á las autoridades filipinas.

Al momento ya estaban en número de ochenta á cien rodeándome.

La despedida la efectué en tono y forma oratoria, dándoles las gracias por la obediencia observada durante el sitio por lo que no teníamos que lamentar malas consecuencias. Continuéis en este estado de orden, que no pasarán muchos momentos sin venir vuestros jefes, por lo que con seguridad, para celebrar el acto de la victoria os darán la libertad á todos.

En cambio á mi me fusilarán ó no lo pasaré muy bien...

Las fisonomías de los presos, tan alegres antes de la locución, cambiaron en semblante lastimero, comprendí que me querían y esto se justificaba en el momento que me oían estaba á su disposición y no me desgarraban como lo hacen las fieras.

Al unirme á la colonia, en esta se marcaba la tristeza, y zozobar, desconfiando del resultado que pudieran tener en manos de los insurrectos, quienes sembraron el pánico en la provincia de Cavite en la primera revolución.

En trance tan desgraciado y desesperado cada uno por sí forma sus juicios y conjeturas.

La señora del capitán Moris me decía: — ¿Qué le parece á V. Alcubierre, nos respeterán estos revolucionarios?

— Si señora — le contesté. — No sé porque veo en estos otra política; otra forma que en la anterior revolución; V. V. pueden confiar que no les pasará nada... si existiese la anterior colonia, no lo pasaría bien pues á ésta la querían mal por haber reducido á prisión á estos cabecillas en el año 1897.

El único esclusivamente que lo pasará mal es el servidor de V.

Esta señora y demás que estaban en la conversación calmáronse un tanto, y con respeto á mis presentimientos me prodigaron palabras de consuelo, de lo que yo les dí las gracias.

Sobre cinco minutos después del diálogo anterior y reunidos todavía en el mismo lugar, llega un piquete de unos doce hombres con fusil armado de bayoneta, mandados por uno al parecer oficial, y con una cuerda en la mano se dirige á mí y me dice: — Venga V. á quí... — Y mostrándome la cuerda en ademán de atarme, me entregué sin resistencia y después de unirme bien los brazos con la cuerda por la espalda, de esta forma me llevó á presencia del cabecilla de los revolucionarios que se encontraba en la casa tribunal.

Al sacarme del convento y después de atado, dirigí una mirada de cariño á mis compañeros de sitio y al decirles — á Dios — ví que me decían: — que él te ampare.....

Cuando llegué á la plaza me volví al oficial que me llevaba y le dije: — Pepe... — pues á este lo tenía por mi buen amigo. —

— ¿Me van á fusilar, ahora?

— No te lo puedo decir, mi jefe me ha ordenado que te lleve ante él.

Pues confío me avisarás antes de fusilarme pues tengo en la maleta unos documentos que á vosotros no os sirven de nada, para que los mandes á España con dirección á mi familia que queda en la miseria.

— Te doy palabra que te avisaré.

Al llegar al salón de sesiones del municipio, encuentro sentado á Gregorio del Pilar, interrogando á los P. P. Agustinos Prada vicario provincial de la orden mencionada y Felipe Lanrábaran sobre los fondos de sus parroquias; éstos contestaban que los habían entregado en la procuración y después de dirigirles mil insultos y amenazas, se dirige á mí y me dice:

— ¿V. es el alcaide?

— Si señor.

— ¿Y cuántos presos ha matado V. en todo este tiempo?

— Ninguno.

— ¿Y castigos y tormentos?

— Con respecto á los castigos ha habido épo

cas. Los que han estado por delitos comunes no tendrán queja de mí; únicamente han sido castigados los que entraron en tiempo de Artiga. Este gobernador se mostró bastante severo con los conspiradores, y de estos ninguno ha muerto por los castigos.

— V. ha hecho mucho mal á los defensores de Filipinas... mucho... y todo un pueblo pide la cabeza de V... y cosa rara, los presos me piden que se le perdone...

— D. Gregorio; mis pasos buenos y malos ya están dados; si los conspiradores del tiempo de Artiaga piden mi cabeza, aquí la tengo á su disposición; únicamente me la pueden pedir por haber cumplido con las órdenes de mis jefes y con mi Patria.

Concluído el diálogo ordenó del Pilar que se llevasen los P. P. á los bajos de la casa del puente de Matungao, que no les dieran de comer ni beber, y que los castigasen sin piedad hasta que sacasen el dinero que tenían escondido.

El oficial que me había conducido preguntó: — ¿Y el alcaide no lo llevo?

— No — contestó del Pilar — que quede aquí.

Desde este momento quedé en uno de los ángulos del salón incomunicado, maniatado, y con centinelas que me custodiaban.

El 24 por la tarde capitulamos y el 25, á eso de las diez de su mañana el centinela me desataba la cuerda con que me ataron la tarde anterior.

Un soldado filipino que fué criado de mi amigo el interventor de haciendas Ramos, me dió un cabezal por toda cama. Recostado con los brazos sobre mis rodillas pasé la noche atormentado de las ataduras, pecho, espalda, todo parecía me lo arrancaban á pedazos.

La lluvia y el relente durante la defensa de la plaza; la repugnancia de haber comido carne de cerdo mantenido de cadáveres, todo ello me proporcionó unas fuertes calenturas las que unidas á tan mala noche, amanecí con las manos inflamadas como botas y negras como la tinta y el rostro descolo-

rido cubierto de sangre á causa de los mosquitos tan voraces en ese país. Mal aspecto sería el mío, que todos los que me visitaban se condolían de mí.

En esta disposición me encontraba cuando llegó un oficial de nuestro ejército en compañía del cabecilla Fuentes — este oficial capituló en el pueblo de dicho cabecilla. D. José Pérez, que más tarde siendo prisioneros, nos encontramos — se adelantó hacia mí y sin hablarme me contempló unos minutos, y le preguntó á Fuentes: — ¿Qué van á hacer con este individuo?

— Fusilarlo mañana — contestó éste.

Al marcharse éstos quedaron varios cabecillas y un tal Alfonso Enriquez, decía á los demás: — Norte América es la nación más poderosa y humanitaria del mundo; gracias á ella podemos respirar los aires puros de la libertad...

De la boca de todos ellos se oía miles de elogios en favor de Norte América y de mueras é insultos á su madre patria, la España.

Yo desde mi rinconcito le dije á Alfonso: — ¿Has leído la historia de esa nación que tanto ensalzáis? ¿Sabéis el fin de los Pielesrojas?

A lo que me contestó con furor y desprecio, diciéndome que para que pensaba en cosas del mundo, que pensase en Dios que la otra vida era más larga que la de esta.

Lo más extraño para mí era cuando llegaban todos aquellos que tuve presos en la cárcel por delitos de conspiración; aquellos que estando sentenciados á la última pena por consejo de guerra, apoyados por la política de Primo Rivera y jueces como Piqué, fueron absueltos. Pues bien; estos venían á visitarme, unos de comandantes, otros de coroneles, porque todos eran altos personajes. Todos me saludaban con muestras de cariño y respeto; al despedirse me dejaban tabaco y dinero, y en mi mente cruzaban mil reflexiones y por último deducía: ¿si los presos por delitos comunes piden mi perdón y los de por delitos políticos se lastiman de mi situa-

ción, con quienes más he tenido convivencia y por qué piden mi cabeza?

No tardé muchos minutos en descifrar el enigma.

Estos sediciosos se hallaban bajo el fallo de sentencia de muerte; en ellos existía saber y el dinero; forman espediente al Supremo no conformándose con el fallo recaído.

El dicho expediente para tener fuerza necesita fundamentarse en alguna causa, y si ésta no existía había que inventarla. Este invento resultó sobre la persona del Alcaide 1.o que había llevado á cabo castigos y tormentos horrorosos; los oídos del pueblo se llenaron del rumor corriente de tal invención, y de esta deducción me explicaba que los llamados atormentados me consideraban, y con quien no había tenido conivencia ni me conocían, me insultaban con las palabras más groseras que decir se puede.

La certeza de no ser equívocas mis consideraciones y lo pacífico de mi conciencia redundaba en mí espíritu y á los insultos contestaban mis ojos con mirada sonriente por lo que llegaban también á mis oídos: — No es tan criminal como dicen; tiene cara simpática.,.

¡Ah Patria mía; en estos ratos de exhibición, cuanto me acordé de tí...

Pasando uno por uno los desastres y golpes terribles que en esos días recibías, también me hacía recordar las palabras de un delegado tuyo — que me equivoco — de la dinastía. Este funcionario le cortó la palabra á Blasco Ibañez en un mitín en Zaragoza porque este repúblico anunciaba el desastre que te podría sobrevenir al chocar con cualquier nación, visto el estado de tu marina y que el contribuyente pagaba para ser potente y sin embargo no teníamos nada más que barcos guarda costas de madera y hierro viejo.

## CAPITULO VI.

Siguiendo el camino del calvario — que bien

se puede llamar así — el día 29 de junio á las dos de la tarde observé movimiento de fuerzas y que en la calle al toque de cornetas se reunían.

Poco después un oficial me saca de la prisión y me lleva al medio de las filas de unas cuatro compañías, cada una con su banderín. Al toque de marcha rompe el paso la columna y al pasar frente á la casa del médico Díaz ví al comandante Ortiz de nuestro ejército, al teniente Sadía y otros; con una mirada dí mi último adios á estos compañeros de sitio.

No sé si en aquel momento me detuve algo, porque el oficial que caminaba á mi espalda, con voz de trueno, me dijo: — ¡Adelante, ó le meto el sable hasta el puño...

Al llegar frente al cuartel de la guardia civil la columna hizo alto, y en este recogieron sobre cincuenta prisioneros para repartirlos por los pueblos de la provincia.

El camino hasta llegar á Malolos estaba malísimo, pues la mayor parte del tránsito lo pasamos con agua y fango hasta la rodilla.

Al entrar en Malolos me llevaron frente al convento, y con un centinela me tuvieron en un banco de piedra debajo de un árbol; la tarde estaba lluviosa y me calé de agua hasta los huesos.

Serían las cinco de la tarde cuando rompimos la marcha para el pueblo de Pombon.

A mitad del trayecto las botas se introducían en el fango y me faltaba fuerzas para sacarlas. Un sargento y dos soldados me obligaron á que me descalzáse, y lo mismo me aconsejaron hiciera con el pantalón, y para aliviarme del peso, también me despojaron del dinero que me dieron en el tribunal de Bulacan los insurgentes amigos.

Después de esta operación algún pinchazo recibí en los pies pero andaba más lijero.

A las ocho de la noche llegamos á Pombon, frente al tribunal nos tuvieron una hora recibiendo el aguacero; por fin nos hacen subir aquel y en una habitación nos instalan.

Yo continuaba con mis calenturas; no me cansaba de beber, y poco me daban de comer, pero nada podía recibir mi estómago.

Tenía ganas de acostarme, pero no tenía cama; mis vestidos, que se componían de guerrera, camiseta y calzoncillos, estaban mojados, y acostarme así, no había de ser conveniente; opté entonces por ponerlos á secar y acostarme en el suelo desnudo por completo.

Los mosquitos esta noche disfrutaron de un gran festín. A las cuatro de la mañana el frío me despertó y la ropa todavía mojada cubrió mi cuerpo otra vez.

A las ocho nos distribuyeron un poco de rancho, y á las diez salimos para el pueblo de Hagonoy, donde me reclamaban para fusilarme.

Como á las once y media llegamos á este; frente al convento nos tuvieron unos quince minutos.

de la población se presenta y dá la orden de llevarnos al tribunal.

De los treinta y ocho prisioneros yo estaba en la cola; y al dar la orden rompimos la marcha.

Al llegar la cola de los prisioneros por frente á la puerta conventual, una voz varonil fuerte y aguardientosa pronuncia mi apellido; vuelvo la vista al lugar donde salió la voz y en el patio de dicho edificio veo de pie á D. Santiago Trillana, natural de este pueblo, ex capitán municipal y preso en los primeros días de la revolución por estar complicado en ella.

Este vestía uniforme de rayadillo, insignias de comandante, sable, revólver, y un puñal en forma de daga.

A una indicación, que me hizo con la mano derecha, me separé de mis compañeros de marcha, y me presenté ante él y me dijo:

— Sígame V....

Subimos la escalera del edificio, siguiendo por un pasillo hasta llegar á un cuarto, al parecer dispensa, cuando éste lo habitaba el fraile. Al llegar al cuarto, Trillana dió media vuelta, quedando los

dos frente á frente, y con voz de autoridad me dice:

— ¿V. me conoce á mí?

— Si señor es V. D. Santiago Trillana.

— V. sabe lo que me hizo padecer en la cárcel?

— Si señor, lo sé; ¿pero me echáis la culpa á mí por ello?

— ¡Como que no tiene V. la culpa...

—— La tienen sus partidarios Leonardo y Ambrosio, que éstos le delataron á V.... y si sufrió en la prisión, estos padeceres los traen consigo las revoluciones... y en resúmen D. Santiago, si Vd. comprende que me excedí de las órdenes de mis jefes y de mi deber con mi patria, aquí tiene mi persona; haga V. de ella lo que quiera; sáqueme la sangre gota á gota...

Reflexionó unos momentos; yo esperaba que este señor diera fin á mis padecimientos; me cansaba la vida, y la punta de su puñal en mi corazón, era el único medicamento que en aquellos momentos anhelaba.

Como he dicho, después de ésto reflexionó unos momentos me dice:

— Nó, te perdono... Esto prueba que tenemos mejor corazón que vosotros; y por lo contrario voy á ser tu amigo y protector.

— Gracias en nombre de mi familia — le contesté.

Me ofrece silla y me hace unas preguntas respecto á la defensa de Bulacan.

De improviso dá orden que traigan á mi cuarto un balde de agua, pues se dió cuenta que mi ropa estaba empapada de agua y barro.

Cuando concluí de darme el baño, ya el Trillana traía una tohalla de baño, una camisa y un calzoncillo, todas estas prendas del fraile que habitaba la casa, y que días antes con buen sentido, abandonó.

Después de vestirme, desaparece de nuevo, y vuelve con un petate y una almohada, y al fijarse que no tengo zapatos, me dá sus chinelas.

Ya bañado y vestido éste me hacía varias preguntas, que yo no tenía fuerzas para contestar; to-

dos los objetos que veía se multiplicaban y daban mil vueltas en mi rededor. Pedí permiso para acostarme porque me sentía mal, y al comprender que me caía, me tiré al suelo. Como un recuerdo confuso tengo que D. Santiago y demás me arreglaron la cama sobre un banco fijo y me acostaron en él.

Al acostarme quedaría dormido dos horas y media. Este sueño no sé lo que fué para mi; desde el diez y seis al veintinueve no había comido absolutamente nada; agua y quinina habían sido mis alimentos. Este sueño reparó mis fuerzas; no sentía síntomas de fiebre ni deseos de beber, y si ganas de comer.

A poco de despertar me traen varios platos, conteniendo tortilla de camarones con huevos, pollo asado, plátanos y arroz en vez de pan.

Pocos minutos después los platos estaban vacíos; comí de tan buena gana.... pocas veces he podido encontrar tan buen gusto á los comestibles.

Trillana, como primer jefe de la localidad, estaba acuartelado en el convento con sus fuerzas revolucionarias y á las horas de comida me mandaba de sus mismas viandas.

Todos los días me visitaba guardándome iguales consideraciones que en tiempo de nuestra dominación. Un día me anunció que venía su señora é hijos á visitarme.

Extraño era para mi lo que me acontecía, y la amabilidad de dicha señora me hizo pensar y esforzar mi mente un tanto perturbada por los incidentes de mi situación.

Por fin conseguí aclarecer el enigma.

Recordé perfectamente que esta señora, estando su esposo Trillana en mi carcel, incomunicado y según noticias que corrían, sería fusilado en unión de otros conspiradores en juicio sumarísimo, la referida señora se presentó á la puerta de la cárcel, que yo era su jefe, en compañía de dos hijos pequeñitos, y la que al parecer, era su madre; con las lágrimas en sus ojos y el semblante abatido por su situación, me dice en palabras mitad tagalo, mitad

castellano: — Señor, puedo yo conversar con mi esposo Trillana, yo quiere verme con él, antes de morir...

La situación de esta filipina me conmovió el alma, y al no poder favorecer sus pretensiones en todo aquel día por estar su esposo incomunicado, le dije que esperase al día siguiente que probablemente sería levantada la incomunicación y le serviría sobre lo que me suplicaba.

Efectivamente, al siguiente día conseguía ésta estrechar á su esposo entre lágrimas y ayes de dolor. Este, después de unos momentos de angustia, le hizo á su esposa una especie de testamento, aconsejándole el cuidado de sus intereses y la educación de sus hijos. De nuevo se entregan otra vez á los sollozos perdiendo ella el sentido y para evitarme responsabilidad al suceder esto, en mis habitaciones, retiré al Trillana á su calabozo y de esta forma quedó teiminada tan fatal entrevista.

Después de volver en sí esta desgraciada señora, la consolé y á los niños les repartí parte de los postres que para mí tenía en mi cuarto.

La señora de Trillana, al parecer, encontró algún tanto de bondad en mis sentimientos en tal escena que me pagó luego con creces.

El treinta de junio, á eso de las dos de la tarde, se despidió Trillana de mi, y salió con sus fuerzas para Malolos dejando encargado de la localidad al capitán Pepe; éste era hijo de español y madre filipina, y sobre las cuatro de la tarde dióme noticia que por la parte de bahía y al término municipal de este pueblo, se divisaban varias embarcaciones pequeñas con fuerzas del ejército español. Este capitán se lamentaba de no tener más fuerzas á sus órdenes pues él calculaba que las tropas españolas que se dirigían hacia la playa podrían ascender á seiscientos hombres y si éstos atacaban al pueblo, no podía resistirse ni una hora.

A las diez de la noche me visitó y me dijo que las tropas que divisaron en las embarcaciones tocaron en tierra, y que los revolucionarios les intima-

ron la rendición, teniéndose que rendir pues á consecuencia de permanecer éstas cuatro días en bahía sin comer, en unos cascos rotos con la mar alborotada; la mayor parte del armamento fué inutilizado por el agua y por último el desfallecimiento todo esto fué causa de la rendición.

Estos pertenecían á la columna del general Monet. Los jefes más caracterizados eran: capitán Alcaina; Delmoral; y Francisco Gabriel.

Cuando llegaron los prisioneros al pueblo, pedí permiso para subir á la torre; concedido que me fué por el oficial de guardia, ascendí á lo más alto, quedando mi guardián en la única entrada de ésta.

Desde un ventanillo de este campanario divisaba la calle que viene del tribunal municipal. ¡Y que cuadro, que panoráma que ví!...

Nuestros soldados, con sus oficiales, venían de cuatro en fondo, sin armas, y á los lados marchaban los revolucionarios.

Después de mirar con horror este maldito cuadro, descendí hasta encontrarme con el centinela, que me condujo á mi calabozo.

En estos momentos de decadencia y de mancillamiento de tus divisas y de tu honor, es cuando, Patria mía, concluiste de conquistar del todo mi corazón. Al verte ofendida y desgraciada un no se qué de melancólico se apoderó de mi, que me hizo olvidar el recuerdo de personas muy queridas y olvidar también mi horrorosa situación, y derramando lágrimas como un niño, no sé el tiempo que en tal estado permanecí.

Al siguiente día de llegar á esta los prisioneros mencionados, los repartieron en diferentes pueblos de la provincia, dejando en este Hagonoy la oficialidad, los particulares, veinte frailes y unos cien cazadores.

Dos meses después de haber llegado éstos, la casualidad encaminó á mi calabozo al armero del número 9 de cazadores, D. Dionisio Tena hermano de un compañero de armas y amigo mío.

Tres ó cuatro días después consiguieron vivir

en una habitación contigua á la que yo ocupaba, él y un corneta del mismo batallón llamado Silvestre con Antonio Izuel, este último de dos horas de mi pueblo.

No pasaron muchos días sin llevarse al Izuel de asistente con un jefe de importancia, por lo que presenció el debate entre varios cabecillas en el que quedó resuelto no fusilarme, lo que se apresuró á comunicarme tan grata noticia.

Yo seguía con iguales atenciones por parte del jefe insurgente, pero siempre con centinela.

El día quince de agosto en el que se celebró con gran solemnidad la fiesta de Nuestra Señora, Trillana me visitó como de costumbre y me propuso ir á la misa á lo que acepté; al momento dá orden para sacarme del calabozo.

Al salir Trillana marchaba á mi izquierda; dí un paso por detrás y le cedo la derecha; él no lo consiente colocándome á su derecha. Este dió motivo para entablar el siguiente diálogo:

— D. Santiago, le voy á pedir á V. un favor.

— Si en mi mano está el podérselo conceder... V. me dirá.

— Estoy recibiendo por parte de V. muchas atenciones por lo que estoy muy agradecido. Sin embargo los demás prisioneros viven todos juntos, á mi me tienen desde que caí prisionero, siempre con centinela; esto me hace temer que llegue pronto el día de fusilarme, y para librarme de esta larga capilla, le pido por favor lo haga lo antes posible.

A D. Santiago le extrañó, lo que le pedía, y bien me fijé que las lágrimas brotaban de sus ojos; y después de unos momentos me dijo:

— En el tiempo que he faltado yo le han maltratado á V., verdad?

Mucho llevaba sufrido con la soldadesca, pero le dije que nada había pasado.

Me calmó un tanto con sus palabras, y en este momento su ayudante le dijo que la misa estaba fuera, y por la puerta del interior del edificio entramos en la iglesia.

Esta misa la celebraron los filipinos con igual esplendor que años anteriores en nuestra dominación. Al alzar la sagrada forma recuerdo que la música tocó la marcha filipina, y después de consumir tocaron la marsellesa.

Al salir de la iglesia me dió permiso Trillana para pasear por todo el convento, dando orden al oficial de guardia de quitarme el centinela.

Al verme después de tres meses que el centinela no me hacía sombra, respiré y hasta quise hacerme la ilusión de que estaba en salvo; entonces me dije: piensa lo peor y no sufrirás en la vida un desengaño más.

## CAPITULO VII.

El nombre, apellido y facciones del sargento Mesa, no se borran de mi memoria. Este era el recaudador entre los míseros presos, para con cuyos fondos dar sepultura á nuestros compañeros muertos.

El primero que acompañamos á mejor vida fué al teniente Oton.

Este bravo militar, después de un mes de penosa enfermedad, murió; sus compañeros trabajaron á cerca del cabecilla insurgente para que un médico lo visitase; pero todos los esfuerzos de éstos, fueron inútiles.

Para el teniente Otou no se necesitó recaudar como á los que le precedieron; en sus ropas se le encontró dinero más que suficiente para los gastos del caso.

Al encontrarle este dinero, llegó á oídos del cabecilla Gatmaitan, y sospechando que los prisioneros y especialmente los oficiales conservaban algo — á pesar de varios registros anteriores.— este último fué tan minucioso, que ya nadie tenía nada más que el que nos daban de socorro el presidente municipal, á razón de media peseta por prisionero, y si le parecía bien ó no tenía, nos rebajaba el socorro á seis cuartos, ó nada, pues de todo había.

De este socorro, cuando fallecía un prisionero, el sargento Mesa recaudaba cuatro ó seis cuartas por cavila, y con unas tablas, un carpintero indio hacía el ataud en el que encerrábamos para siempre el cadáver ó mejor dicho el esqueleto, pues todos morían de una misma enfermedad: de hambre...

Mesa se arreglaba con un sacerdote indio, y el resto del dinero después de pagar el ataud, lo entregaba á este por echar los correspondientes hisopazos.

Para este acto los cabecillas nos concedían permiso á todos los prisioneros para acompañar el cadáver al cementerio, con la vigilancia de costumbre.

Dos ó tres prisioneros se encargaban de abrir la sepultura, y con las risas y escarnios de los indios que con anticipación se colocaban por las paredes del cementerio, y con nuestras oraciones les dábamos sepultura.

Al abandonar para siempre á nuestros compañeros de armas y sufrimientos, salíamos desparramados por aquel lugar santo, pensativos, con la cabeza baja; la mirada revelaba lo triste y desgraciado de nuestra situación; la mayor parte de nosotros descalzos, los cuerpos cubiertos con harapos rotos y sucios.... Que cuadro el nuestro...

Mi forma de pensar, á pesar de mi humilde cultura, me hace colocar y hacerme superior á las tristes vicisitudes á que estamos sujetos en este mundo engañador; esta fuerza moral es la que me hacía observar el abatimiento de mis compañeros... mi mente no perdonaba lo más mínimo de este cuadro lúgubre, y al fijarme en mis compañeros que se interponían entre mi y el sol, observé que sus orejas no parecían de carne y si de cristal.

De ser posible llegar á este lugar un globo, de lejanas regiones, sin dirección, á merced del viento, un buen observador hubiera creído que el sepulturero, en un momento de buen humor, daba permiso á los muertos para salir de paseo.

Causa horror el pensar la época por que he-

mos corrido los prisioneros españoles en manos de los filipinos revolucionarios.

La ascensión á la torre de la iglesia estaba expedita para mí, por lo que pasaba debajo de una monumental campana que estaba posada en las almenas, horas y más horas. Este lugar era para mi espíritu, el eden, el recreo donde nadie, excepto el grande mazo de hierro que con estridente sonido me interrumpía en mis meditaciones al tocar las horas.

Desde este punto presenciaba los movimientos de las tropas por las calles; entradas y salidas del pueblo; pero el cuadro que llamaba más mi atención era el ver veinte ó más P. P. de la orden de Agustinos, trabajar en el arreglo de las calles de Haganoy.

Custodiados por varios soldados insurgentes, con fusil, trabajaban estos padres, el uno con azadon, el otro con barreta, otros con pingas trasportaban piedras, otros con espuertas conducían tierra que otros arrancaban; el uno descalzo, el otro sin pantalón, otros con trapos viejos apenas podían cubrir sus cuerpos; sin sombreros; con la rapidéz conocida en ese país en las nubes para desprender agua, por lo que se sucedían los aguaceros uno tras otro, traspasando hasta los huesos de estos frailes, los que eran socorridos igual que á los otros prisioneros.

Todo lo rudo de los padecimientos, contrastaba con la resignación con que sobrellevaban los padecimientos.

Cuando los frailes, por lo rudo del trabajo, y por otra parte la falta de alimentos se sentaban fatigados con el fin de descansar, no pasaban segundos sin acercarse los guardianes y con golpes é insultos les hacín tomar de nuevo sus herramientas.

Cuando se retiraban para su alojamiento, parecían una cuadrilla de pordioseros; detrás de ellos, seguían como una procesión las mujeres y niños, y á pesar del temor que infundían los jefes revolucionarios á todos para que odiasen á los frailes, estas mujeres y niños, se lastimaban del estado lamentable

en que se encontraban sus dominadores desde el tiempo que arribó Magallanes á aquel Archipélago.

Desde mi atalaya, patria querida, descubría este panoráma, y á pesar de estar en mi convicción lo justo del pueblo filipino en emanciparse de tí, y de lo nulo de estas comunidades en la sociedad, dejando su oscura política en el olvido.

Dos meses después de capitular la plaza de Bulacan, y de mi instancia en Hagonoy, una noche á eso de las doce me encontraba descansando, si se puede decir descansar el estar acostado en el suelo, con un petate y un cabezal dando vueltas y más vueltas, pues dos fuerzas me obligaban á ello: el duro suelo que maltrataba mis huesos y los mosquitos tan voraces en este país después de sus cantos fatídicos me clavaban sus envenenadas lancetas sin piedad ni compasión.

Un ordenanza se acercó á mi lecho, y me conduce á la habitación que ocupaba el jefe de la localidad coronel Trillana.

En esta habitación se encontraban dos personas: el comandante Airan; el capitán José G. Mora con el coronel Trillana.

Cuando llegué á presencia de estos dí las buenas noches.

— Buenas las tenga V. — me contestaron.

— Bien podría V. haberse vestido para presentarse ante nosotros, objetó Airan.

— No tengo otra que la que llevo, camiseta y calzoncillos — le contesté.

Airan, dirigiéndose á Trillana y señalándome con el dedo, decía: — Aquí tenemos el valiente de Bulacan...

— ¿Si V. es tan valiente y patriota como varias veces me decías, para que no pedías á tus jefes para ir al ataque de Puvay y al puente del Zapote?

— Porque mis jefes me lo hubieran denegado visto el cargo que desempeñaba — le contesté.

— Nuestro ejército es más valiente que el vuestro, nosotros los oficiales vamos en los ataques delante de los soldados. La rendición de Biac-nabató

la hicimos porque nos convenía y para ello nos ofreció P. R. ochocientos mil pesetas, y este nos dió cuatrocientos mil.

Continúa Airan: — Vuestro ejército es cobarde; véase la derrota de Puray, mirad como os hemos vencido... sois cobardes los españoles y vuestro ejército. A lo que le contesté: — Tu Amando dirás lo que quieras, pero ni los españoles ni su ejército son cobardes.

— Si fuese así como tú dices, no sufriríais los reveses que sufrís — dijo Trillana.

A lo que repliqué: — A cualquiera nación por poderosa que sea le sucedería igual. Nuestra nación, debilitada por revoluciones y guerras civiles, y atacada á la vez por Norte América, nación poderosa, por Cuba, fuerte por estar en su país, y por V. V. los filipinos, también fuertes al estar en vuestro elemento y bien armados con más de treinta mil fusiles y municiones que os dieron los funestos generales Augusti y P. de R., con los que vosotros prometisteis defender á España...

Estos señores revolucionarios permanecían sentados y Airan en la mano derecha empuñaba un puñalito, y á medida que hablaba con el plano de este, se daba golpecitos en el muslo.

Yo permanecía de pie á unos cuantos pasos de ellos.

Airan dió otro giro á la conversación, y dirigiéndose de nuevo á Trillana, le dice: — Este donde lo ves, — señalándome á mí — es un tenorio...

— Respecto á eso todos los hombres tenemos algo — le contesté.

Y dirigiéndose á sus compañeros y señalándome con el puñal, les dice: — Este ha hecho el amor á muchas mujeres, incluso á mi esposa.

No me causaron sorpresa tales palabras, pues desde el principio sospechaba el fin de la conversación.

Este Amando era amigo hacía tres años hasta que me cercioré que conspiraba contra mi nación.

En época que estábamos en buenas relaciones,

me ofreció su casa y al pasar un día por ella, saludé á su señora desde la calle la que me invitó á subir para descansar y al hacerlo con tanta insistencia, me pareció faltar á la delicadeza si no complacía á tan amable señora. Después de saludarla con el respeto que me merecía, me ofreció silla y me invitó con un cigarro de hoja — costumbre en el país. — No sé como fué, que la conversación se encaminó á versar sobre costumbres de España, llegando en aquel momento su esposo, y por el semblante y su voz comprendí que no estaba conforme con encontrarme en su casa. Además me habló que si yo fuí en una ocasión acompañando á su esposa de viaje para Manila.

Así es que no es extraño que las palabras con respeto á su señora no me hicieran gracia.

Al oir ciertas palabras indecorosas, me hice el sordo; y él con más insistencia seguía hasta que por último directamente me dice:

— ¿Llegaste por fin á conquistar mi...?

Entonces no me pude contener y le dije:

— Amando, tu estás loco al decirme... yo no te hé faltado ni con el pensamiento...

Sin embargo este hombre no se conformaba con mis palabras, insistiendo en lo mismo, y siéndome imposible resistir por más tiempo esta burlesca escena acuden mis manos frenéticas á la pechera de mi camiseta y rasgándola le digo:

— Aquí tienes mi pecho; clávame ese puñal en el corazón y cuando comprendas que puedo hablar mi última palabra me preguntas, y quedarás desengañado y conociendo lo que es un hombre...

El capitán Mora con aire malhumorado, se dirije hacia mí, me alza los calzoncillos que de mis rodillas para abajo se encuentran — pues junto á la camiseta y al rasgar ésta también saltó la cuerda de éstos — y tomándome de un brazo me dice: — Vamos á la sementera, que te voy á fusilar...

Yo le seguí dos ó tres pasos hacia la puerta, no sin fijarme antes que por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas, en tanto que Trillana y Amando to-

mándome del otro brazo, me conducen á una cama y me hacen sentar. Pero el capitán Mora insiste en no soltarme del brazo alegando que era preferible darme cuatro tiros en la sementera antes que consentir lo que los otros pretendían hacer conmigo.

Todos los sentimientos de quien nos dió el ser, brotaron en aquel momento del corazón del capitán Mora, hijo de un aragones.

Como he dicho anteriormente, Amando me ofreció asiento en la cama — pues la habitación estaba desamueblada para amueblar las casas de los insurrectos — sentándose él á mi vera; me dió un cigarro de papel y en tonos amigables me dice que no tenga cuidado alguno, porque él es amigo mío; y que tiene mucha influencia con Aguinaldo, que éste es de su pueblo y por lo tanto le ha nombrado á él interventor general.

Me habló también de cinco mil fusiles que le dieron los americanos y un cañón con destino á las fuerzas que nos sitiaron en Bulacan.

Estando hablando de esto llegó un ordenanza con un telégrama, y entonces al preguntarles si con su permiso podía retirarme á descansar, me contestaron que sí.

Cuando llegué á la puerta de la habitación que me servía de calabozo, encontré á D. Dionisio y al corneta Silvestre, ambos con las lágrimas en los ojos. Estos que desde los primeros momentos de conocerme se interesaban por mi suerte, al llamarme á tales horas, sospecharon mal y arrimándose al tabique de la habitación del jefe revolucionario pudieron enterarse de lo sucedido.

Dionisio Tena, aprovechando de que el centinela no comprendía el castellano, me decía: — Te has salvado... creíamos que esta noche te fusilaban.....

## CAPITULO VIII.

Un mes poco más ó menos después de la noche fatal narrada en el capítulo anterior, llegaron al

convento de Hagonoy dos personajes; el uno era el comandante Fuentes del pueblo de Bigaá, el otro era para mi desconocido, pero por lo que pude averiguar, había estado mucho tiempo en el extranjero; era de buena estatura y vestía correctamente de traje blanco. Un ordenanza me condujo ante éste, que con aires de mando y respeto estaba sentado en un sillón, ante una mesa escritorio, con su secretario.

Trillana, jefe de la localidad, y Fuentes, estaban en la misma habitación, pero separados en otra mesa. El revolucionario, después de ordenar á su secretario preparar papel, con voz imperiosa me dice:

El motivo principal de mi visita á este pueblo, es verme con V. pues nadie mejor, dicen, me puede dar antecedentes con respecto á la conspiración que V. descubrió en esta provincia de Bulacan. Usted está enterado de lo que sufrieron estos patriotas al reducirlos á prisión. De la cárcel que V. era jefe, han sacado por la noche varias cuerdas de presos, y al siguiente día se hallaban fusilados por los extremos de los caminos.

Si contestas á las preguntas que te hago, puedes conseguir la libertad y además se te gratificará con dinero; de lo contrario tu puedes comprender lo que te puede pasar.

Este miserable ya me decía lo que debiera de decir ó contestar, pero estaba muy equivocado, pues yo no había de decir lo que me insinuaba, sino la verdad.

Este periodista esperaba de mi un completo repertorio de tragedias para estamparlas en los periódicos de su propiedad; y parecía no existía en tal periodista más pensamiento, ni iniciativa que la de insultar á su madre patria, inocente de las fechorías de sus hombres de gobierno y poder oscurantismo que en unión niegan al pueblo filipino emancipación.

Frío como el marmol quedó este reporter al no complacer su pensamiento iluso.

Yo no pude darle más datos con respecto á los conspiradores, que los que empleo, y son naturales en estos casos que se conspira contra un gobierno ó poder constituído que todo es lev marcial; juicio sumarísimo; torturas; fusilamientos de personas inocentes, quedando á salvo los que promueven los levantamientos y algaradas.

En muy pocas palabras le declaré y le contesté sobre lo que me preguntaba: diciéndome enfurecido: — V. no dice la verdad, aténgase á las consecuencias...

— Pues en honor á la verdad es lo que únicamente puedo decirles y señalando hacia la mesa que ocupaba Trillana y Fuentes, insistí diciéndole: — Estos dos señores que oyen lo que acabo de hablar y que son parte de los apresados de la época que V. me pregunta, pueden decir si digo lo cierto.

Trillana y Fuentes no articularon ni una palabra. El secretario no escribió nada y el que me interpelaba con voz fuerte me dijo: — Puede V. retirarse; siempre los españoles tan orgullosos y desagradecidos....

Cuando pasé el humbral de la puerta de salida, oí que decía: — Poco he de valer si antes de tres días no estás fusilado.

En el cuarto que me destinaron cuando Trillana me suprimió el fatal centinela, encontré al corneta Silvestre, y al preguntarme el resultado de la conferencia, en pocas palabras le enteré de lo sucedido y le recomendé que diera cuenta al capitán de nuestro ejército señor Alcaina.

Así lo hizo: al siguiente día mis compañeros de prisión no ignoraban lo sucedido, por lo que podían hacer llegar el desenlace de mi situación, hasta mi familia y amigos.

Desde este día en adelante, todos los ordenanzas y oficiales que se acercaban á mi calabozo me parecía que venían para conducirme al punto que fuese reclamado por el periodista.

Toda esta zozobra desapareció en los últimos días del mes de octubre, al comunicarnos la salida

de todos los prisioneros, para el pueblo de Calumpit.

A este pueblo llegamos al oscurecer, después de pasar el camino bajo el peso de un grande aguacero, teniendo que vadear muchos lagos con agua á la cintura.

En este pueblo nos alojaron en diferentes casas y custodiados con guardias.

Para cada dos prisioneros nos racionaron con una lata de sardinas y dos panecillos de unas dos onzas de peso cada uno.

Después de apagar un poco el hambre, y quedar con más apetito que antes de cenar, un presente inesperado sació por completo los estómagos de ambos.

Dice un proverbio "Haz bien y no mires á quien

En esta ocasión recibía el pago gratuito por un bien que hice, á uno de los filipinos más desalmados que decir se puede.

Este individuo se llamaba Mangaran de apellido; bandido de los más renombrados del centro de Luzón, fugado de varias cárceles y autor de tres asesinatos en diferentes causas que le seguían.

Volviendo al tiempo de nuestra dominación — para hacer mención de este hecho, — á este Mangaran lo tenía en mi cárcel y como estaba tan recomendado por las autoridades, y la cárcel no ofrecía mucha seguridad una de las tardes después de pasar la lista, al hacer la requisa me acometió con arma blanca asestándome un golpe en la pierna izquierda, produciéndome una herida que me costó un mes de cama. Este bandido continuó dirigiéndome golpes que yo por medio de quites con una varita los evitaba; tan ciego estaba en su faena y apostado á la única puerta donde yo podía salir, que no se dió cuenta que otro indio que lo tenía como escribiente lo cogió de los brazos, á mis indicaciones y pude ganar la puerta por lo que pude en dos segundos apoderarme de mi revólver y contener los presos revolucionados para fugarse.

Este incidente ya provino de los trabajos de

conspiración que los directores separatistas preparaban.

Cuando las autoridades se apercibieron del tumulto penetraron en la cárcel en el momento que la pérdida de la sangre manada de la herida me producía el desvanecimiento.

Por resultas de este hecho, formé mala voluntad en contra de este individuo, formando planes de venganza, que desaparecieron de mi mente al presentarse ante mí una india con tres niños todos de rodillas implorando perdón para Mangaran, esposo y padre de los postrados.

En este momento de súplica todo desapareció por completo de mis proyectos de venganza.

Pocos meses después, como menciono en el sitio de Bulacan, los insurgentes, para conmemorar la rendición de la plaza, dieron la libertad á todos los presos y entre ellos estaba Mangaran. Este hombre desalmado por los hechos de su historia, fué el que como óbolo á su agradecimiento me obsequió con su humilde presente por lo que pude saciar por aquella noche el hambre devoradora que en mi reinaba.

A medida que absorvía mi estómago las viandas que este nos ofreció, mi mente divagaba sobre los temas que presentan los grandes pensadores, en que llegará el día que desaparecerán las cárceles y establecimientos penitenciarios, en el momento que se eduque á la sociedad y se la trate cual merece; y esto me parecía posible poder ser, al ver al criminal Mangaran despedir lágrimas y estrecharme entre sus brazos.

Pocos momentos después de salir Mangaran, me trasladaron dos soldados al cuartel insurrecto, encerrándome en un calabozo. No tardó veinte minutos, cuando una llave impulsada por la fuerza, hacía correr un pestillo para abrir la puerta de mi calabozo, para introducir un niño de quince á diez y seis años.

Este lloraba á lágrima viva y entre sollozos decía: — ¡Pobre España, pobres españoles!

Mis ruegos le hicieron calmar el llanto, diciéndome que era hijo de padre español y madre filipina,

que residían en este pueblo, y que el motivo de haberlo aprisionado era por tener un hermano en Manila de teniente de voluntarios defendiendo nuestra causa.

Cuando los jefes insurjentes le interrogaban que por qué defendía á España con tanto ahínco, este respondía que todo lo que era lo debía á España, y que por ella estaba dispuesto á morir.

Este valiente y yo, estábamos juntos; él esperaba de un momento á otro la muerte y yo lo mismo.

Al siguiente día como á las once de la mañana, á él lo llevaron por una calle, y á mi por otra en dirección contraria y ya no supe más de este niño tan excepcional.

Después de andar unos quince minutos, lleguemos á la orilla de un río, en el que estaba un remolcador entregándome á un piquete de soldados.

Al momento principió á funcionar la élice del vaporcito por dicho río, hasta llegar al pueblo de Apalit.

En esta localidad había bastante contingente de prisioneros, escaseando por esto los comestibles por lo que muchos días á las tres de la tarde no habíamos probado nada.

Recuerdo que en la habitación que provisionalmente me alojaron había un espejo, y cada vez que pasaba en mis paseos divirtiéndo el hambre me miraba en él, quedando horrorizado al ver mi fisonomía.

No olvidaré mientras tenga vida mi mal aspecto, el vientre hundido, formando mi cuerpo un ángulo; el color de mi cara como la cera; mis ojos parecidos á los perros de Terranova, rojos como las linternas de las locomotoras.

Seis días llevaba en aquel pueblo cuando una mañana la guardia hizo cargo de mí á un viejo de malas entrañas, el que me condujo á su casa con el fin de trabajar cuidando los búfalos que llaman carabaos, y amasar barro para una fábrica de pucheros de tierra.

Este viejo estaba casado con una mujer rechoncha y tuerta, pero joven.

Después de las doce del día salía el buen Caín y pasaba la tarde y parte de la noche jugando y al salir siempre me amenazaba con cortarme la cabeza con un campilan moro muy brillante y cortante como una navaja barbera. Las cuarenta ó cincuenta operarias que trabajaban eran tan buenas que al salir éste, no me dejaban trabajar.

Con la Maritornes, ó sea la tuerta ama de casa, me sucedía otra comedia que sin remedio tenía que obedecer..... pero lo raro, y que más me llamaba la atención era que me mataba de hambre...

La fuga del capitán Alcaina de nuestro ejército, también prisionero, me libró de una muerte segura, ya por el filo del viejo, ya por las atrocidades que cometía conmigo la ama.

Al fugarse este, nos reconcentraron á todos en un convento, y nos encerraron en un sótano donde esparcidos por el suelo, se encontraban varias imágenes y ornamentos viejos de la iglesia.

En este calabozo el calor nos asfisiaba, la humedad entumecía nuestros miembros; á la respiración faltábale aire; los enfermos de gravedad se ensuciaban en sus ropas; el municipio no daba socorro; el hambre nos hacía gritar como locos hasta que por compasión ó para acallar el vocerío, nos traían alguna vianda con lo que se calmaban un tanto nuestros estómagos.

Así seguíamos sufriendo todas estas peripecias y calamidades, cuando una mañana á eso de las ocho abren la puerta de nuestro encierro, y entra el teniente encargado, y unos cuantos filipinos al parecer de bastante importancia, y que se daban el tono como visitantes de inspección.

Yo me encontraba acostado en el suelo y detrás abatido por el dolor que me producía el vientre vacío.

Estos entablaron conversación con varios prisioneros, los que les daban cuenta de nuestro mal estado.

De todos estos que se acercaron á los recién llegados, salían pestes de sus bocas, el uno contra la patria, el otro culpando al gobierno, otros á los frailes, y no pudiendo contener por más tiempo, la debilidad de mis compañeros, con toda la fuerza que mis pulmones tenían, exclamé: ¡cobardes! parece mentira que seais españoles... Estáis hablando mal de la patria; ¿acaso cuando ésta corre días de gloria no participáis un tanto de sus alegrías y beneficios, cada cual en su clase? Y ahora que la véis abatida y en la desgracia todavía la insultáis...

Uno de los visitantes se acerca hacia mí y dice:
— ¿Quién sois?

— El alcaide de Bulacan que por querer hacerme padecer más, no habéis querido fusilarme...

A estos les tuvimos que agradecer el salir de tal encierro pues fueron á las primeras autoridades de la localidad y con sus ruegos y razones consiguieron llevarnos al tribunal donde tuvimos cárcel más sana.

¡Ah Patria! Que escenas conmovedoras se desarrollaban cada momento entre nosotros prisioneros!

De la debilidad venía la anemía y de esta la inflamación de los pies, que rápida ascendía hasta el vientre, y de allí la muerte.

Ya quedó como de costumbre entre nosotros — al ver á un compañero con los pies inflamados — "Botines para ir al cementerio,, decíamos — ¡Cuantos y cuantos hijos tienes enterrados, patria mía, por causa de tus gobernantes, que á costa de la sangre de la plebe, del desheradado, del que nace para carne de cañón, y ¿todo por qué y para qué? para sostener una dinastía sin entrañas!

¡Sálvese la corona, aunque para ello, perezca la Nación!

Amargas son las consideraciones con que mi mente se extiende, en el relato que te hago, pero éstas están inspiradas bajo la mirada de los mártires que ví morir en el horroroso desastre y que en su última mirada parecía que me decían te dijera, su fin desgraciado.

## CAPITULO IX

A fines del mes de octubre del año ya mencionado, salimos de Apalit para San Fernando de la Pampanga.

En este pueblo encontré al capitán Lafuente, al de igual graduación Don Félix Mediavilla, medico Rocha y varios tenientes todos prisioneros.

Tres ó cuatro días llevábamos en este pueblo, cuando dieron la orden de salir para el pueblo de Magalan. Todos los prisioneros salieron excepto cuatro que quedamos enfermos; yo tenía una úlcera en un pie, causa por la cual estaba deformemente inflamado.

A mediados de Diciembre, los enfermos estábamos con poca diferencia igual, y un día á las once de la mañana vienen por nosotros una sección de insurgentes y nos llevan para el pueblo de Angeles, para incorporarnos en Magalan.

Hasta Angeles pasamos en ferrocarril y llegamos sobre las cuatro de la tarde alojándonos en el convento. Uno de los municipales nos anunció que nos traían cena, pero viendo que daban las diez de la noche y no la traían, entre los cuatro reunimos la cantidad de tres centavos, seis octavos y la invertimos en pan y plátanos; ésta fué nuestra cena.

Al siguiente día á las dos de la madrugada, nos hacen levantar y emprender la marcha para Magalan.

A mitad de camino los soldados que nos conducían intentan hacer un reconocimiento en nuestros trapos pues creían que llevábamos dinero.

La aurora matutina despedía sus rayos de luz y los mandaba por el monte de Arayat para alumbrar el siguiente cuadro.

Como los secuestradores de oficio nos habían separado unos de otros. A un tal Marchito, cazador del batallón N.o 9 lo registraban en un lado del camino; otro cazador llamado Carmona estaba en traje de Adán; á mi vera venía un salvaje con fusil, dándome murga que yo llevaba dinero, y más dinero yo

le decía que no llevaba, pero para éste no existía razones hasta que yo incomodado y mal humorado y el vientre muy vacío, rápido como el rayo, en un acto de desperación, tiré al suelo un lío que contenía unas prendas de ropa sucia y vieja, para que éste se saciase en mi miseria.

Al tirar el lío al suelo, lo hice con tal rapidez, que este soldado se asustó, dió un salto para atrás, y quedó en la posición de calen y con propósito de envestirme. Mientras tanto mis compañeros al observar lo referido, se reían á grandes carcajadas.

Mi hombre, al reponerse de la impresión que le causó mi desesperación, examinó á su gusto los trapos; no encontró nada, pero no estaba conforme, le faltaba mirar la ropa que llevaba puesta.

Pocos momentos después tenía el gusto de ver otro Adán y hasta el último pliegue de mi ropa — pues hasta los forros rompió — creyendo llevaba en ellos papel moneda; ya saciada su curiosidad, seguímos el camino restante sin novedad.

Estos tomaron por costumbre el despojarnos en tal forma, pues varios prisioneros se cosían los billetitos entre los forros de sus ropas, y al descoserlos encontraban el dinero; así es que mis vestidos fueron víctima de esta artimaña quedando éste defraudado en su presentimiento.

Sobre las siete de la mañana del diez y ocho de diciembre llegamos á este pueblo de Magalan, donde encontramos los prisioneros compañeros nuestros, que salieron de San Fernando cuando nosotros estábamos enfermos.

Al llegar al convento destinado para residir los prisioneros, nos detuvieron separados hasta llegar el comandante Camayas, y cuando llegó nos preguntó si llevábamos dinero que se lo entregáramos; al contestar nosotros que no llevábamos ni un céntimo éste no pasó por nuestra palabra requisándonos hasta el último forro de nuestro traje.

Este pueblo se encuentra á la derecha de la línea férrea, saliendo de Manila para Dagupan y junto á la falda del monte Arayat.

La policía, compuesta de un capitán, un oficial, dos sargentos y veinte soldados, eran los encargados de custodiarnos á los treinta y ocho prisioneros, entre ellos un fraile.

No nos dejaban salir un paso de la puerta del convento, únicamente por las mañanas después de recibir media peseta de socorro, salíamos á la plaza ó mercado, para comprar nuestra vianda, y para ello salían un cabo y cuatro policías con armas para custodiarnos.

También nos hacían salir al monte para traer leña para nuestro consumo y el de la policía y municipio.

Salíamos á primeras horas de la mañana y volvíamos al medio día.

¡Que horror me dá pensar los trabajos y penalidades que hemos pasado los prisioneros!

Para cuestión de la comida nos arreglábamos por cávilas ó pelotones, y de cada uno, quedaba uno para cocinar la comida.

En mi pelotón dejábamos al sargento Paleo que entre todos era el más débil.

Con dos cuartos de té y otros dos de azúcar tomábamos el desayuno, y descalzos rompíamos la marcha para el monte Arayat; en este nos cargaban de leña, y al pueblo con ella.

En el trayecto descansábamos un sin fin de veces; ¿cómo no habíamos de cansarnos con el peso de la leña, si no llevando nada apenas podíamos andar?

Al llegar, ya nos aguardaba el sargento Paleo en un perol la morisqueta; y en otro el guiso compuesto de una tajadita de pescado con papaya ó camote, dos cuartos de manteca del país y mucha agua.

A la noche hacíamos otra comida igual. Todos los días dejábamos cuatro cuartos para comprar tabaco y jabón.

En este pueblo, como en la mayoría de los ocupados por los filipinos, los soldados y clases mandaban más que sus jefes; las bofetadas estaban á la orden del día; yo no sé porque me libré de ellas, pues no respetaban ni edad ni categoría.

Un día la tomó conmigo un soldado, el más salvaje, pues quería que le diera un cinto, recuerdo de un amigo, á lo que me negué esponiéndole que sólo después de muerto podría hacerse con él.

Tomó tan á mal mis propósitos que sus consecuencias dieron por resultado el hacerme limpiar los escusados; no recuerdo los muchos baldes de agua que me hizo subir, y últimamente se disponía á limpiarme el polvo...

En esta ocasión no tendría mi cabeza bastante reflexión, ó el cansancio de subir agua y el sufrimiento, que sin pararme en pequeñeces, le dije: — ¡Tu eres un cobarde si no me das un tiro!... no me manches la cara, ya que tienes el fusil en la mano, saca un cargador, me apuntas bien y ¡fuego!

A estas palabras le mostraba el pecho desnudo Aquel salvaje articuló estas palabras: — ¡está loco! — y me dejó.

Dos ó tres días después un policía dió un tiro á otro de igual clase, y lo mató. El lugar del suceso fué el dormitorio de ellos, y este soldado, tan desalmado y feroz que tanto molestó á mis compañeros con su lijera mano manchando sus rostros, por las noches se acostaba junto á mi vera, pues decía que tenía miedo al alma del policía porque pudiera volver y quería dormir conmigo, porque yo "matapan" valiente.

En tanto que el tiempo pasaba preñado de calamidades para nosotros, la política filipina marchaba viento en popa según sus periódicos; pero la anarquía y desbarajuste progresaban con más rapidez. Por las noches el pueblo de Magalan era ni más ni menos que un campo de batalla tomando parte todos los elementos que dispone una brigada.

Rompían el fuego de fusilería; luego los cañones las carreras, con lo que resultaba cada noche un barrio asaltado, sólo con el objeto de robar dinero y comestibles.

Los combatientes de ambos bandos, todos eran del mismo pueblo, robándose unos á otros; tanto es así que las autoridades determinaron sentar sus rea-

les en una habitación junto á la nuestra, y á cada prisionero nos dieron una lanza.

Además nos dieron armas de fuego y por las noches todo el que llegaba al convento se le echaba el: — ¿Quién vive?

Entre los prisioneros se establecía un turno de servicio para hacer la guardia, excluyendo de esta á dos y yo tres por ser de mayor edad que los demás prisioneros.

Antes de romper las hostilidades, los americanos, la anarquía estaba declarada dueña y señora del territorio filipino. Después de los desastres de los filipinos, al perder Malolos y demás, esta anarquía aumentó en grandísimas proporciones.

Los filipinos ricos, ilustrados y buenos confiesan que si quedasen independientes se matarían y robarían como lo hacen, hasta acabar con todo.

Todo este desbarajuste nos era conveniente á los prisioneros pues los jefes temían á sus vasallos y al confiarnos las armas también se esmeraban en darnos un poco de arroz más y mejor trato, excepto el P. Agustino Antonio Redondo que á este lo maltrataban sin compasión.

A este fraile lo conocí por primera vez en Haganoy al rendirse la columna del general Monet.

Este sacerdote era alto y grueso, asturiano, de unos sesenta años de edad, de mirada penetrante y un tanto serio; al mirarle infundía respeto, mostraba decisión y energía en sus formas de proceder.

En un principio fué reclamado de San Fernando de la Pampanga donde fué párroco al sublevarse los naturales en contra de España. Saliendo de Apalit para ser interrogado sobre un proceso que le seguían los insurgentes, llevándolo después á Magalan donde últimamente lo encontré.

Residía en el convento, incomunicado de los demás prisioneros; se alimentaba con limosnas de los fieles de los pueblos en que había ejercido su cargo, y de Manila sus hermanos de orden, también le mandaban dinero, pero todo lo devoraban el sargento, cabo y demás de policía y el P. Redondo tenía que

conformarse con el olor de las limosnas y de los alimentos que le preparaban. Dormía en el suelo, y como en su cuerpo había desaparecido la carne, sus huesos le agujereaban la piel.

En una de las veces que burlando la vigilancia de sus guardianes le visité, me mostró sus llagas producidas por las tablas del pavimiento.

La tohalla de baño que me dió Trillana en Haganoy para que me sirviese de manta la partí para dar al sargento Izuel en unas grandes calenturas que le atacaron. De la mitad que me quedó, en el Hospital de San Fernando, como mis huesos no estaban de acuerdo ni en buenas relaciones con las tablas, del cabezal, saqué parte del algodón en rama que contenía y con el resto de la tohalla que me quedó me confeccioné una pequeña colchoneta; pues bien; al ofrecer esta al P. Redondo la aceptó con mejor voluntad que en otras ocasiones y circunstancias una mitra.

Este fraile sufrió lo indecible; sus enemigos no se saciaban de martirizarle, más que material, moralmente.

El capitán de policía, un tal José no lo dejaba un momento en paz. Gozábase en alimentar al P. Redondo con noticias falsas de que salía en libertad; pocos momentos después, de salir de la habitación decía: ahora voy á dar al padre un disgusto. Al visitarlo de nuevo le decía: —¡P. Redondo! ya no sale V. para Manila, viene orden para que en breve se les corte á todos los frailes la cabeza y V. el más perverso de todos, figúrese lo que podrá sucederle.

Este martirio lo tenía continuo acompañado de mil insultos.

De este P. agustino no conozco nada de su vida pero por malo que haya sido, los sufrimientos le han lavado toda mancha, no encontrando piedad en sus enemigos.

Una de sus palabras la tengo grabada en mi memoria. Me decía: — "El día de jueves santo moriré,,. — Y fué un hecho; este día á primeras horas de la tarde dejó de existir.

Descanse en paz.

## CAPITULO X.

A mitad de febrero del noventa y nueve, se recibió orden en Magalan para conducir á los prisioneros de este pueblo al de Angeles; pues un decreto de Aguinaldo, fecha veintitrés de enero, concedía libertad á todo el elemento civil y á los militares enfermos. Yo pertenecía á los prisioneros y creía tocar la libertad en breve.

La distancia que media de Magalan á Angeles, aunque mis piernas estaban debilitadas, era devorada con la velocidad de una locomotora.

Llegamos á Angeles y una comisión del gobierno filipino compuesta de médicos y demás, reconocieron á los militares enfermos, y nuestra ilusión se agolpaba en convulsiones de alegría y deseos de llegar á Manila para gozar de la libertad.

Pero ¡oh desgracia fatal! nuestras ilusiones murieron en un terrible golpe, como muere el guillotinado bajo la cuchilla. Dióse orden para volver á Magalan; ¿Recorrer tal camino antes tan pintoresco y poético? á la vuelta ya tenía otro aspecto lúgubre y aterrador. Mis piernas marchaban á la fuerza; necesitaban de toda la cooperación de mis miembros y facultades para poder llegar al pueblo, que tal vez, fuese para mi el cementerio.

Pocos días después el tronar de los cañones nos sacó del letargo en que quedamos postrados al sufrir tal desengaño.

Los americanos y filipinos, habían roto las hostilidades por el cerco de Manila ó sea en Calocan.

Del veinticinco al veintiseis se recibió orden en Magalan para que todos los que estuviesen enfermos de gravedad fueran conducidos á San Fernando.

Yo me encontraba enfermo á causa de la debilidad, debida á los escasos y malos alimentos, mi cuerpo no era ni más ni menos que un esqueleto.

Legamos á San Fernando y por la amistad de César García Brit, en este pueblo conseguimos un

pase para Malolos, residencia de Aguinaldo; y como civiles reclamamos nuestra libertad con arreglo al ya referido decreto.

Llegamos á Malolos el veintiocho de febrero, y el veintinueve por la mañana nos dieron en la secretaría dé guerra la fatal nueva que Aguinaldo había decretado la suspensión de las libertades para los prisioneros.

El pueblo de Malolos fué de los que en mayor número de presos contenía en la cárcel de provincia, cuando yo era su jefe.

Como el cargo de alcaide es difícil de ejercer en un país donde las cárceles no reunen condiciones de seguridades, sin guardia para custodiar los presos, su jefe en muchas ocasiones tiene que tomar como base la severidad y por más que estaba seguro de mi buen proceder temía encontrarme con alguno que no estuviera conforme de mi conducta.

La primera visita que hicimos fué á casa del ministro Tienson que según nos aseguraron entendía en la libertad del elemento civil y al presentarnos ante su vista exclama: — ¡Alcubierre... te tenía por muerto....

Yo esforzaba mi mente turbada por causa de la debilidad y padecimientos morales, y no podía comprender los motivos, el por qué este me pudiera conocer; por fin me saca de dudas diciéndome que fué preso en mi cárcel, causas y demás, que pude reconocerlo bien, y por su buen tono y por la lástima que demostraba por mi situación, comprendí estaba libre de las iras de tan alto personaje, en el caso de haberme conducido mal con él, cuando fué mi prisionero.

A otro ministro encontré al desembarcar en este pueblo; á Felipe Buencamino, que se dirigía para el norte de Luzon y me dió cinco pesos y momentos después gastamos su mitad para calzarnos los tres prisioneros que descalzos veníamos ocho ó nueve meses y lo restante lo guardé para gastos de comida.

Cuando anocheció fuimos buscando albergue y en una casa que expendían viandas del país, después

de cenar en la misma nos cedieron pagando no sé cuanto, sitio para acostarnos en el suelo.

Esta noche también fué una de las llamadas toledanas.

Sobre quince minutos llevábamos acostados, cuando se presenta uno de los hijos de la casa, y al decirle eramos prisioneros me reconoce por estar este preso en Bulacan y en mi cárcel; primeramente estuvo por delitos comunes y más tarde por delito de conspiración.

Este se mostró muy complaciente conmigo, pero no fué tanto otro hermano de éste que también fué conspirador pero burló la justicia y no estuvo preso.

En una habitación contigua á la nuestra disputaban los dos hermanos; el primero hacía ver al segundo por medio de razones mi buena forma de proceder con él y el segundo rebatía lo contrario y quería fusilarme en aquella noche.

En tanto mi compañero Brit con palabras que apenas podía oirle decía: — ¡Dios mío, que nos vá á pasar esta noche...

Yo escuchaba todo el sainete con indiferencia pues como defensa de tal tormento tenía la persuasión de haber cumplido lo mejor que pude con mi deber.

Un tercer personaje entró en escena, el que cooperó no poco para dar fin á tal debate.

Este señor era un comandante de administración militar de nuestro ejército prisionero en este pueblo y que se hospedaba en la misma casa y por la forma que vestía y el reloj de oro y sortijas que llevaba, no estaba mal mirado de los insurgentes.

Luego, más tarde, cuando al fugarme de los insurrectos conseguí la libertad, á este buen señor lo encontré en la comisión liquidadora ejerciendo su cargo bajo el mando del general Jaramillo; por lo que tuvo el gusto de saludar y de darle las gracias por el interés que demostró por mi en aquella noche fatal.

Al siguiente día visitamos al ministro Tienson

y pudimos conseguir un pase para poder residir en San Fernando teniendo el pueblo por cárcel, con obligación de presentarse ante el jefe militar una vez á la semana.

Así lo hacíamos; y en una de las primeras presentaciones, el jefe insurgente comprendió que le podía ser útil para instruirlo en asuntos políticos, y esto me sirvió para ganar su benevolencia por lo que encontré alivio á mi situación.

Este, según decían, era un cabecilla de malhechores, y desconocía lo que era gobierno republicano, monarquía, legislación y derecho, quedando muy satisfecho con las explicaciones que yo le daba á las inquisidoras preguntas que me hacía.

La protección que conseguí con éste no fué duradera, pues al relevarlo me quedé huérfano y al estar sin socorro, si no pedía por caridad que comer, me moría de hambre.

Hubo dias que á las tres de la tarde no habia probado bocado y la necesidad, me hacía acercar donde comprendia me podian dar un camote, plátano ó cosa que pudiera mitigar los deseos de mi estómago.

Uno de los dias entablé conversación con una india que se dedicaba á la venta de panochas de maiz en el mercado, y esta á cambio de favores que me exigia....todos los dias á una misma hora me daba dos panochas, pero este contrato tuve que desecharlo y buscar otros horizontes.

El filipino en su fondo es bueno y sí mayormente carece de instrucción: por eso me ofrecían su vilao ó sea un plato grande de tejido de vejuco, en el que se sirven para poner el arroz cocido y unos cuantos pescaditos secos y sentados sobre sus talones sobre el suelo comen sus viandas y asimilándome sus costumbres y conversaciones comia los mas de los dias.

Un dia por la mañana salí de mi alojamiento, la casa de los amanes esta sirvió de hospital, y por repugnancia y por superstición estaba abandonada esta me la ofreció el gefe ó mi discípulo de política,

y este día tuve tan mala suerte que á la tardada iba por las calles por un perro callejero de amo tacaño, y de ningun modo podia proporcionarme el que comer. Al llegar á una casa de hermosa fachada me detuve y despues de unos minutos de duda si entrar ó no, por fin me decidí y al pedir una limosna por Dios á un filipino decentemente vestido este me preguntó como me llamaba, á que provincia pertenecia y el cargo que desempeñaba en tiempo de nuestra dominación.

Y le dije mi nombre y apellido, nombre de la que caí prisionero, y al decirle que fuí el alcaide de Bulacan, dió un paso para atrás como movido por un resorte y dijo: ¡tan malo como ha sido V. y todadavia no lo han matado á lo que le contesté.

—Esto mismo prueba que no habré sido tan malo cuando estoy vivo.

Despues de juzgar mi respuesta me dió una peseta, que por ser caridad y luego el estómago que me pedia con insistencia, calmé un poco mi ímpetu y no la tiré.

Al siguiente dia encontré en la calle al capitan D. Félix Mediavilla tambien prisionero el cual en varias ocasiones se hospedó en mi casa ó sea en la fonda que con el título de la Pilarica, tenia establecida en Bulacan.

Al preguntarme por mi vida y situación, en pocas palabras le hice extracto de ella, ofreciéndome su casa, pues por influencia de su señora con el general Mascardo por ser este insurgente de su mismo pueblo—Cavite—aquel señor se encontraba prisionero en buenas condiciones.

Le dí gracias por tanto ofrecimiento sin aceptarlos, hasta que mandó dos ó tres mensages y ultimamente mandó su hijo—menor de edad—y en este dia cedí á sus instancias y me instalé en su casa, y gracias á los cuidados y atenciones de este señor pude reponerme un poco de la debilidad que me mataba.

En la misma forma ofreció su casa á las tres señoras que habitaban conmigo y mencionaré en el

capítulo siguiente, y estas también aceptaron el ofrecimiento.

## CAPITULO XI.

Durante mi estancia en San Fernando y una mañana del mes de Marzo, no recuerdo que fecha; me dirigia para mi casa con un poco de arroz y dos ó tres camotes que recogí de caridad ó sea pordioseando.

Cuando llegué á la plaza ví que por una calle que dá entrada á esta, venian sobre doscientos prisioneros españoles en su mayor parte gefes y oficiales; tres señoras, cinco niñas y un niño.

Entre estos venía el comandante Herrero, y algunos oficiales que yo conocia por haberse hospedado en mi fonda en Bulacan.

Despues de cruzar mi afectuoso abrazo y contarnos las penalidades de la situación, ellos se quedaron pendientes de las órdenes de sus guardianes; yo seguí mi camino hasta llegar á mi casa....digo mia, por que en esta nadie me incomodaba. Pertenecía antes de la rendición á una viuda peninsular, empleándola despues—como ya hice mencion en el capítulo anterior—de hospital insurgente. La repugnancia de los muertos en esta, y luego la ignorancia y superstición de los indios, le tenian horror, creyendo que por la noche pudieran aparecer almas del otro mundo, siendo este el motivo para que nadie me molestase y fuese yo el morador absoluto de ella.

Por las mañanas salia á pedir para arreglarme y guisar mi puchero y el resto del dia lo pasaba en la soledad pensando en el desastroso fin de España, y en la gran ineptitud de nuestros gobernantes que nos precipitaron á estado tan lamentable.

En esta forma llevàba un mes, cuando por primera vez llamaron en mi puerta. Al abrirla me encontré con el sargento Surrivas, también prisionero, pero con su política ganó la simpatia de los

gefes insurgentes lo que le valió el ser una especie de ayudantes de estos.

A este le acompañaban dos oficiales de nuestro ejército prisionero, ambos esposos de las señoras recién llegadas. Estos me manifestaron el objeto de su visita, pues no encontraban albergue para sus familias, teniendo que acudir á la casa del asuan. Gustoso cedí á tal petición, dándome estos las gracias con tal agradecimiento que me obligó á demostrasles los pocos motivos que había para ello.

Horas más tarde de instalados, llegó un orden para ser conducidos á la provincia de Nueva Ecija.

Esta orden de salida cayó en el corazón de mis huéspedes como bomba destructora.

Los tenientes querian no siguiesen estas señoras y niños el calvario de penalidades y por que de este punto tenian mas facilidades para llegar á Manila en el momento que Aguinaldo diese orden de poder marchar estas.

Desde la noticia de marcha hasta la despedida, es imposible describir los suspiros y angustias de estas familias. Las esposas querian seguir á sus esposos, decían querían morir con ellos| Una de las señoras ya perdió el suyo en Vigan — capitán Pazos—por fin la presencia de unos insurgentes armados de fusil y con ademan de amenaza dividieron dos pedazos aquellos cuerpos que más bien eran uno, una alma.

Esta casita era pequeña y se reducia á tres pequeñas habitaciones y la entrada á ella era por un pequeño recibidor, la mejor de esta la ocupaba cuan do vivia solo, y al llegar los tenientes no quisieron aceptarla, pero al quedar las señoras, estas lo aceptaron.

Los esposos al despedirse de mi, me dijeron que se marchaban un tanto tranquilos al dejar sus familias conmigo pues me conceptuaban un buen caballero; les dí las gracias por el concepto que les mere-

cía, ofreciéndoles cumplir con sus familias lo mejor que pudiera.

Desde este día me puse á las órdenes de las señoras; les servía para traerles agua para guisar, lavar sus ropas, para vender sus alhajas, para con el dinero atender á sus primeras necesidades; para comprar sus viandas y para acompañarlas cuando salían para agenciarse la libertad. Confiaban en mi como si me hubieran conocido de siempre.

Unicamente se sentían algo violentas cuando se daban cuenta del estado de ropas y demas, pero esto desaparecía al decirles que en mi no reconocieran nada mas que un hermano y compañero en la situación, conocedor del estado en que nos encontrábamos.

Estas señoras elogiaban la nobleza de sentimiento de los aragoneses, lo que en nombre de mi tierra les daba las gracias.

Al mismo tiempo que servia á mis recomendadas, yo seguía agenciándome como anteriormente lo hacia, lo que podia para comer, pero siempre no tuve igual suerte y mis compañeras notaron que no cocinaba y por la niña de la señora Aurora indirectamente me dieron medio peso; pero no lo acepté yo era hombre, podia resistir todo, y simulé reñir á la niña por haber tomado el dinero de su mamá.

Otro día corrí igual suerte; para los pordioseros, tambien hay dias desgraciados. A la una de la tarde no habia comido nada, ni tenia que comer más que un plátano que me quedó del día anterior, y lo encontré en la tablilla suspendida á la pared lleno de hormigas.

Al limpiarlo para comer, mis dedos palparon un cuerpo extraño, este era un peso, ¿quien lo habia colocado?... Confuso con tal hallazgo por último me reconvine en que lo habia dejado algun filipino amigo; pero un papelito que estaba junto al peso, después de leerlo me dejó más confuso, pues en este se leía: reze V. para el alma de su difunto.

Doña Aurora seguía con su vista todas mis im-

presiones, y al preguntarle ó decirle mi confesion esta me dice: ese peso lo ha colocado allí la Isidora viuda del capitan Pazos—como lo vemos á V. que no guisa estos dias y el papel para que reze por su esposo pues hoy hace un mes que murió.

Este dia no pude por menos de aceptar el presente de las señoras.

Todos estos detalles, patria mia, te los manifiesto verazmente. Estan relatados sin conocimientos literarios y ademas, al azar de como pasarán y en la mejor composición de reglas que puedo trasmitir al papel. Y su primordial objeto, es, manifestarte lo sucedido en esta jornada de vergüenza nacional, para que si es posible sirva como medio de esperiencia y de lección, enseñando á tus hijos al camino que el progreso requiere, á fin de que sacudiendo el marasmo y la sabia absorvida en los tiempos pasados bajo el poder y dominio frailunos, esclavizaron la democracia conduciéndote al velipendio á la vergüenza.

Tambien tiende mi relato, á la justificación de mis hechos para que por ellos puedan quedar arrojados como cosas despreciables, las tramas urdidas por los enemigos de una idea política que ostento y que tu sabes, patria, que con ella puedes llegar á ocupar el lugar que te mereces.

Continuando mi relato, la política filipina día en día se enredaba más y más. Las señoras ya se hallaban sin medios de subsistencia y yo una vez me agenciaba un poco de alimento y otro día nada, pero al encontrar al capitán Mediavilla, se salvó la situación.

Este dió pruebas de hidalgos sentimientos con las familias de sus compañeros de armas.

A los pocos días de instalados en la casa del capitán, el niño de la viuda se pone enfermo con las viruelas; luchó con la muerte unos días, pero el cuidado de la madre que no lo dejó un momento, le ayudó á vencer la enfermedad. Las demás señoras no podían ayudar á su compañera en nada, por el temor que se propagara en sus hijos.

Así es que me constituí en ayudante de enfermero de la madre del niño.

Pocos días después ya convaleciente navegaban río abajo para Manila, pues los sucesos entre yanquis y filipinos presentaban mal carácter, y por no esponer á estas á tener que remontarse por los montes, al jefe de la localidad, Dairig, le pudimos sacar el permiso para las señoras.

En el tiempo que estuve en este pueblo pude persuadirme de la política filipina, de las aptitudes de los filipinos, y del fin desastroso que estos pueden tener.

En la redacción de La Independencia, periódico oficial del gobierno filipino trabajaban tres ó cuatro de la clase de tropa de nuestro ejército prisionero; éstos un poco descarriados de sus deberes patrios, pero no del todo.

En el hospital militar vivían y desempeñaban cargos de sanitarios, otros de iguales condiciones que los primeros.

Los generales tenían por asistentes y ordenanzas á cazadores fugados de nuestras filas; éstos, viendo su patria en peligro no quisieron sufrir por ella, no tuvieron virtud para conservarse sujetos á las vicisitudes y peligros de su bandera; pero el fondo de estos era todavía español.

Por estas personas yo me enteraba, con respecto á la prensa, de todos los asuntos públicos y privados; de las bajas de los filipinos en los combates con los americanos; los propósitos de los jefes filipinos y sus discordancias.

Estos españoles me respetaban y apreciaban y no sé si fundados en mis sufrimientos y en el amor que demostraba por tí, no había secreto ó acto importante que yo desconociese.

El día siguiente al ataque de Calocan donde los americanos se apoderaron de esta posición y los filipinos huyeron á Polo, el general Luna, jefe de operaciones, vió con disgusto la cobardía de su ejército y todos aquellos jefes y oficiales que desatendiendo las órdenes de Luna huyeron, los desar-

mó y los encerró en los coches del ferrocarril para responder al juicio sumarísimo que se les formaba por cobardía.

A esta determinación de Luna, se opuso Aguinaldo y camarilla por lo cual Luna presentó la dimisión de jefe de operaciones.

En los ataques de los americanos siguieron perdiendo los filipinos en pocos días Polo, Meicanayan, Marilao, Bocave, Bigaá, Guiguinto y Malolos.

Al abandonar los filipinos este último pueblo, ó sea la capital de la República, Aguinaldo y demás vieron los fundamentos y disposiciones de Luna y de acuerdo con él, determinaron tomase de nuevo el mando de jefe de operaciones.

Mientras Luna estaba á la defensiva del río Bagbag, la anarquía triunfaba en toda la provincia de la Pampamga. Los robos y los asesinatos estaban á la orden del día.

No detallaré todos estos desórdenes; sólo basta decir que al presidente del congreso señor Paterno le asaltaron la casa, y después de robarle entre alhajas y dinero unos treinta mil pesos, le machetearon una sirvienta.

¿Un pueblo que principia por robar á su presidente, qué se puede esperar de él?

Al tomar de nuevo Luna la jefatura del periódico "La Independencia", órgano suyo, dictó ó mejor dicho copió de nuestro código militar bandos para aplicarlos entre su gente. En Calumpit trabajaban miles de indios fortificando sus posiciones.

En la fundición de San Fernando se fundían cañones de retrocarga, con tubos de cañerías enrollados con alambre de telégrafos, y uniendo á estos en sus moldes cobre de campanas, á la vista parecían buenos pero al disparar con ellos, estallaban, muriendo todos los que estaban enrededor del cañón.

Así que un día me decía un oficial filipino, nuestros cañones nos causan á nosotros más bajas que á nuestro enemigo.

Viendo los jefes filipinos, la cobardía y desmo-

ralización de sus huestes, determinaron introducir en sus filas la mayor parte posible de oficiales españoles.

A los cabos y sargentos prisioneros los hacían oficiales. Un día que me encontraba en la fundición al hablar respeto los cañones que hacían, estos pudieron comprender que tal materia no me era desconocida. El inventor y Luna quisieron nombrarme capitán de artillería; yo no acepté á pesar de sus imposiciones, pues me escusé con que se fijasen en mi cuerpo hecho un esqueleto. De hacerme tirar con aquellos cañones mejor me hubiera puesto delante de ellos.

Por estos días Luna y Mascardo — éste también general — sostuvieron un altercado que pudo acarrear fatales consecuencias á la política filipina.

El general Mascardo, como jefe de la provincia de la Pampanga, recibió órdenes de Aguinaldo para retener tres presos sentenciados á la última pena y que Luna los reclamaba á Calumpit.

Mascardo desobedeció por completo las órdenes de Luna; este mandó un telégrama á Mascardo para que inmediatamente se presentase en el campamento de Calumpit y de lo contrario mandaba fuerzas para prenderlo.

Mascardo le contestó con otro telegrama diciéndole que se negaba rotundamente á cumplimentar las órdenes y que si quería prenderlo que fuera Luna por sí mismo á hacerlo.

Al día siguiente Luna abandonó las posiciones del río de Calumpit amenazadas por las tropas americanas, y con mil quinientos hombres se presentó en la estación de San Fernando.

Mascardo con un contingente de nuevecientos soldados esperaba á Luna en las afueras de Bacaloor, ocupando posiciones ventajosas.

Varios jefes, las damas de la Cruz Roja é incluso Aguinaldo, pudieron evitar el choque.

En la estación de San Fernando pudieron reconciliarse de sus rozamientos y se abrazaron.

Lloraban ambos pero Mascardo al separarse un

poco de Luna, articulaba palabras acompañadas de rabia y decía: — Transijo por la patria; tu me la pagarás...

Dos ó tres días después, Luna desarmó y aprisionó á una compañía del pueblo de naturaleza de Mascardo; al comandante Celestino Juson le abofeteó tan solo por ser amigo de Mascardo.

Luna con estas disidencias y atropellos, y que no perdonaba medio de cercenar el poder de Aguinaldo, se preparaba por sí mismo el fin que había de tener, morir asesinado.

Un mes poco más ó menos de mi estancia en Manila, después de haberme fugado de los insurgentes, un diaí me encontré con don Anselmo Sinjian, pariente de Luna y me refirió el fatal desenlace de este general filipino.

Presentóse Luna con su ayudante en la residencia de Aguinaldo; éste se negó á recibirle; y Luna furioso por tal negativa, quiso penetrar en la habitación de su presidente; la guardia se interpuso á los propósitos de Luna y al insistir, la guardia hizo uso de las armas trabándose un combate entre esta y el intruso Luna y su ayudante, propietario este último de la fábrica de tabacos "La Comercial,, en Manila.

La lucha de estos creo fué reñidísima, teniendo que cooperar en ella toda la camarilla de Aguinaldo para no ser con su jefe víctima de las furias del soberbio Luna.

Este general perdió la vida junto con su ayudante.

No fué muy sentida esta muerte entre los prisioneros pues en varias ocasiones demostró sus sentimientos sanguinarios. Pero es necesario hacer justicia al valor de éste, y si el ejército filipino hubiera tenido tres ó cuatro generales de las condiciones de Luna, Norte América hubiera encontrado más resistencia y dificultades que las que encontró en un ejército indisciplinado.

Siguiendo los sucesos que venía narrando, en los últimos días de abril, desde San Fernando sen-

tíamos el estruendo de los cañones de la artillería norteamericana; los filipinos habían perdido las posiciones del río chico de Calumpit; pocas horas después del combate en los hospitales de San Fernando ingresaban quinientos heridos.

Por la línea férrea y camino de este pueblo venían atestados miles de carros con utensilios y familias que huyendo de los pueblos atacados se dirigían á los montes.

Los chinos residentes en esta cabecera, en estos días contribuyeron y rindieron culto al dios de la anarquía.

Estos hijos del Celeste Imperio son enemigos de la guerra y partidarios de la paz. Como especuladores en los negocios no hay otros. Al abandonar las tropas españolas este pueblo, como es natural, los chinos se unieron á los revolucionarios filipinos y al llegar prisioneros españoles los cargaban de insultos.

El indio y el chino se odian á muerte. El indio al chino con su poder, le chupaba la sangre ó sea su dinero; pero el chino es tan astuto y tan ingenioso, que el indio con su poder salía perdiendo en el trato.

Los chinos desde el principio contribuyeron á los gastos de la guerra; y esto les daba más fuerza para insultarnos y siempre en presencia de los jefes filipinos como demostrando su simpatía á la causa filipina.

Todas estas pamemas, que estos chinos se traían con su ingeniosa política, tuvieron en estos días su fatal resultado.

Sobre unos veinte de estos, los más pudientes, fueron apresados y juzgados por suponer fuesen espías de los americanos, cuando todavía no los conocían.

No obstante el coronel juez instructor que les seguía el proceso al interrogarles, les palpaban las cinturas y los mazos de billetes pasaban á los bolsillos del juez.

Se apoderaron los filipinos de todas las existen-

cias de sus comercios y después de pelarlos bien, como al gallo de Morón, les incendiaron las casas. A cincuenta de los más pobres los llevaron atados para hacer trincheras, y los ricos ó sea los procesados para que no pudieran reclamar, los degollaron en el camino del pueblo de Angeles.

Este fin de los chinos de esta cabecera fué idénticamente igual al que yo les tenía profetizado.

## CAPITULO XII.

En tanto se preparaban los Norte Americanos, para atacar á Santo Tomás, punto de los más fuertes de los filipinos, por sus trabajos de fortificación, cuyos habitantes desalojaban sus hogares, y las autoridades civiles y militares retiraban los prisioneros para las provincias de Tarla y Nueva Ecija.

El capitán Mediavilla no figuraba en las listas de prisioneros de la localidad. El cabo de la guardia civil se había hecho con documentos falsos y figuraba como comerciante. El cazador José había quedado hacía unos días de cocinero con las señoras prisioneras, que habitaron en mi compañía, y al marcharse éstas para Manila quedó con nosotros en casa del capitán. Yo, como tengo dicho, estaba con licencia ó sea una libertad provisional y en este pueblo.

Al llevarse todos los prisioneros y dejarnos á nosotros allí, supusimos que no se acobardaban, y con el fin de no dejarnos ver una tarde al obscurecer salí para el mercado á comprar comestibles para dos ó tres días.

La plaza estaba como desierta y la esposa de un insurgente me vendió un poco de arroz, lo bastante para pasar tres días á media raación.

Pero tropezamos con el inconveniente, que al cocinar este, el humo nos delataba y nuestro objeto era cerrar las puertas y ventanas, para que apareciese la casa abandonada por sus moradoresy nosotros, los ya nombrados, aguardar ocultos la suerte que la Providencia tuviera á bien depararnos.

Según nuestras suposiciones los americanos no habían de tardar en salir de Calumpit en dirección á la Pampanga.

Nuestra situación en estos días era arriesgadísima y violenta. Ocultos por los huecos que formaban los muchos pilones de azucar sobre sus valijas, y que en la planta baja había y en estas ratoneras teníamos que morir ó salvarnos.

Por dos veces vinieron los insurrectos á golpear la puerta de nuestra vivienda y como nadie les contestase echaron la puerta y al encontrar la jaula vacía marchaban no sin decir miles de improperios en contra de nosotros.

Una idea ó contingencia nos hacía temblar al pensar que los americanos no avanzasen con la rapidez que nuestra situación requería. Al mismo tiempo que temíamos que los insurgentes al abandonar el pueblo lo incendiaran como en todos los pueblos lo hacían, y en este caso teníamos que morir asados ó bajo las descargas de sus fusiles.

El día cinco de mayo al almanecer, los cuatro compañeros de fatigas, por dos pequeños silbidos, salimos de los diferentes escondites en que nos encontrábamos y entablamos la siguiente conversación: — Hoy deben atacar á Santo Tomás, y de hacerlo, esta noche pueden llegar los americanos aquí; por los preparativos los filipinos no piensan hacer mucha resistencia en este pueblo. — Este era el parecer del capitán.

José decía: — Pues si no atacan pronto ya no tenemos arroz nada más que para un día...... nos vamos á morir de hambre.

El cabo, su temor era, la retirada de las turbas que éstas al saquear las casas dieran con nosotros y en ese caso al ver los insurgentes nuestra mala idea en ocultarnos, el general Luna al momento, manda fusilarnos... Es tan violento...

— No hay que pensar en nada, repuse yo; calma y esperamos con serenidad lo que la Providencia nos depare. Según se presente la situación esgrimiremos los mejores medios...

Concluir mis palabras y sentirse un cañonazo, todo fué uno. Al momento siguen varios más, y luego de estos se oía parecido al ruido que produce el manipular de un aparato telegráfico, á lo que convenimos era la fusilería.

El ataque debía ser reñidísimo, los disparos de cañón, cada vez se oían más cerca. La lucha duró hasta las doce del día; el fuego cesó. A eso de las diez y media rompieron de nuevo el fuego hasta las cuatro, el combate debía de haber sido rudo; las tropas filipinas huían en retirada. Calculábamos que los americanos estaban á unos quinientos metros de San Fernando; nosotros permanecíamos como las ratas metidos entre los pilones de azúcar. José, para ser un hombre fornido y de veinticuatro años, tenía algo de cobarde y á cada explosión que se sentía cerca de nosotros, daba un grito que pudo con ello delatarnos, teniendo que amenazarle con la muerte, si no se corregía; después siguió metido en su tutón lo mismo que un gato con los zapatos y demás ropa empapada en agua para en caso de incendio poder huir de las llamas.

La casa en que habitabamos está al entrar en la plaza de San Fernando por parte del cementerio, antes de pasar el puente á la izquierda, la quinta ó sexta.

De tanto en tanto me arrastraba con un poco de prudencia, pues las balas silbaban que era un gusto, y resguardado de un pilar, por entre las cañas podía observar bien el puente y la plaza, y sobre las cuatro y media principiaron á pasar tropas filipinas en número de unos diez mil.

En los últimos que pasaron y en un grupo de jefes y oficiales ví un herido sobre un sofá que por lo acompañado y cuidados que le dispensaban debía de ser de alta graduación.

Pocos minutos después dirigí mi vista á la plaza y veo el convento, iglesia, casa tribunal y una gran manzana de casas de la plaza devorándolas las llamas, y lo mismo sucedía con la estación del ferroca-

rril, pues los filipinos antes de abandonar los pueblos los incendiaban.

Al dar noticia á mis compañeros de lo sucedido respecto al incendio, José se figuró que nuestra casa ardía; con los ojos como un loco salió dando voces que nos obligó á ponerle fuertemente su ropa en la boca hasta que se repuso de su primera impresión.

Esta noche San Fernando era un cementerio; los edificios incendiados arrojaban bocanadas de fuego parecido á los volcanes. Los grandes estruendos se sucedían sin cesar; se desplomaba un pedazo de techumbre de la iglesia; ora caía el tribunal, por último caían las campanas de la torre que está en su interior y cuya trabazón era de madera; y el incendio se propagaba por los edificios contíguos, pero el viento lo teníamos á nuestro favor para que el fuego no se corriese por la parte de nuestra casa.

La noche fué horrorosa. La duda y el deseo de nuestra salvación, la fiebre producida por el hambre, el delirio de nuestras cabezas, luego el panorama que se ofrecía á mi vista, me hacía divagar si estaba en las legiones de Sátanas á donde tanto fuego existe, según me infundía el maestro de escuela de mi pueblo en mi niñez.

## CAPITULO XIII.

El día 6 de mayo de 1899, cuando la aurora tendía sus rayos de luz, el pueblo de San Fernando antes tan alegre y encantador, este día era lugubre y desconsolador.

Paredes chamuscadas, escombros humeantes, insurgentes solapados subían y bajaban por las casas que el incendio respetó, con la codicia que en su mayoría fué el impulso de lanzarse á la rebelión, ¡el avance, el robo! No habiendo saqueo, no hay soldados; ignoran lo que es Libertad, Justicia ni Patria. A falta de españoles y chinos á quienes robar, se robaban ellos mismos.

Nosotros temíamos que estos asaltantes dieran el avance á la casa que ocupábamos y esto equivalía á la muerte ó un mes más por los montes y la debilidad se encargaría de apresurarla.

Para librarnos de este percance determinamos que al entrar éstos, á una seña convenida, hundiríamos en sus cuerpos unos grandes cuchillos de cocina, y apoderándonos de sus fusiles abrirnos paso hasta Santo Tomás ó hasta encontrar el ejército americano.

Estos asaltantes respetaron nuestra casa, quisaz por temor de pasar el puente y que los americanos llegasen siéndoles muy difícil la huída por esta parte.

Sobre las once y media de la mañana, subimos, después de arrancar una tabla, al piso principal, arreglamos un buen jarro de agua con azúcar, que reparó en algo nuestros cuerpos cadavéricos por el hambre, calentura y por las aires impuros que se respiraban en los sitios en que nos escondíamos.

El capitán estaba desanimado por completo, no podía con su debilidad, y al hacerle presente que nuestra situación no podía prolongarse por más tiempo; para morir de hambre era preferible morir huyendo en dirección á Santo Tomás, pues por momentos desaparecía de nuestros débiles cuerpos el vigor. El capitán nos pidió por Dios que aguardáramos hasta las cuatro de la tarde y si para esta hora no llegaban los americanos, tomaríamos esta última resolución. Por el mismo hueco de la tabla nos descolgamos para ocultarnos en los mismos escondites, y á poco sentimos un silbido dado por parte del puente, que nos sacó de nuestro estupor.

Corrí á mi atalaya y divisé por la parte de uno de los estribos del puente, á un indio con su fusil mirando con mucha atención hacia el camino de Santo Tomás y este fornido indio trataba de ocultarse. Un rayo de alegría reanimó mi espíritu decaido, pues opiné que los americanos estaban á tiro de fusil; pero al ver que pasaba tiempo y ningún indicio confirmaba mi pensamiento, me desplomé

de nuevo el suelo de la cueva, esperando el resultado de la Providencia.

No pasaron cinco minutos cuando sentimos una descarga de fusilería del lado de la plaza; respondiendo por el camino de Santo Tomás también con la fusilería y cañón, y como nuestra casa estaba en medio de dos fuegos las balas traspasaban su tabique, y nosotros, como lo pueden hacer los cachorros de una loba, que á la presencia del cazador, más juntos se ponen en sus tutones, igual lo hacíamos nosotros ante tal lluvia de balas.

El fuego duró sobre dos horas; los americanos avanzaron hasta el puente emplazando en él su artillería hasta dispersar al enemigo haciéndose dueños de la población.

Al cesar el fuego, abandoné mi escondite por unos momentos y pude observar que los americanos recorrían calles y plazas, con sus fusiles preparados como quién hace una descubierta, y al menor ruido aunque fuese producido por un perro, sospechando fuese el enemigo oculto, disparaban centenares de tiros.... Nuestra situación peligraba de no resolverla en breve.

De acuerdo con mi parecer echamos suertes para subir uno á la ventana de la casa, para colocar una bandera blanca para que los vencedores se fijasen en ella y al salir no nos tomasen como insurrectos emboscados; y la suerte le correspondió á José, pero éste se negó rotundamente á cumplir su compromiso; y de no haber reflexionado que tenía este una familia esperándolo con ansiedad, el estado desesperado, le podía sepultar en el pecho uno de los cuchillos que cubiertos en la arena tenía á mis pies.

El continuar allí nos exponíamos á que, al dirigirse por aquel sitio los americanos, se figurásen que fuéramos enemigos y siendo el idioma por ambas partes desconocido, lo mejor, era presentarse uno, como lo teníamos pensado.

Al negarse José, hice yo sus veces: abrí la puerta, dí un salto hasta el medio de la calle dicien-

do: — Prisionero español... — Rápidos como el rayo me encañonan con sus fusiles; yo agitaba mi pañuelo negro por la suciedad; ellos indicaban á mi esqueleto — tal les parecería — que me acercase á estos; llegué hasta encontrarlos pero sin dejarme de apuntar con sus armas hasta que por señas y demás, quedaron persuadidos que en realidad era prisionero.

Al momento, salen el capitán, el cabo y José y al hacernos preguntas los americanos del número de insurgentes ó del ejército filipino que abandonó el pueblo, una descarga se dejó oir de la retaguardia de Aguinaldo mandándonos una lluvia de balas que causaron cinco bajas á los americanos que junto á nosotros estaban.

Al descargar los cañones que estos tenían emplazados, huyó por completo el ejército filipino dejando la plaza en poder de el ejército invasor.

Uno de los oficiales nos condujo á la casa botica de Hizon donde se alojó el coronel Faiston; este mandaba la avanzada y nos recibió con ademanes cariñosos y me ofreció dinero que yo rehusé indicándole por señas la boca y el vientre; y como lo comprendió, al minuto nos presentaron en un pedazo de periódico sobre tres libras de galletas y una lata de carne.

Yo no esperé á la carne; cuando ésta estaba en disposición de comerse, mi estómago estaba disfrutando de los efectos riquísimos de la galleta.... en un momento me comí unas dos docenas.

Miles de veces me ha preocupado el recuerdo del fenómeno que experimenté en mi organismo. A medida que colocaba una galleta en mi boca, una fuerza poderosa la absorbía por lo que se me figuraba se me rasgaban todos los conductos hasta llegar al estómago.

Después de hacernos este jefe varias preguntas y darnos de fumar unos aromáticos tabacos, dió orden que nos alojaran en una casa de enfrente de la suya que respetó el incendio y que nos racionaron

bien, haciéndolo bien y en abundancia su mandatario.

En condiciones inmejorables pasamos tres días hasta el día 8 de mayo del 1899 que el general americano Mac Artur nos firmó el pase para dirigirnos á Manila.

Pocos minutos después salíamos de San Fernando en compañía de un alemán y dos americanos al parecer periodistas.

El camino lo pasamos sin encontrar nada digno de mencionar, hasta llegar frente á Santo Tomás, lugar del combate de los días anteriores. Allí tuvimos que tomar otra dirección, pues los cadáveres no los habían enterrado y la descomposición saturaba la atmósfera, no pudiéndose resistir el mal olor.

El día estaba caluroso; el capitán se axfisiaba y á no depararnos la Providencia una vagoneta en la mitad del camino — abandonada por el ejército filipino donde transportaban los heridos — el capitán hubiera muerto. Lo colocamos en ella después de aplicarle un paño con agua á la cabeza y arrastrándola por los rieles pudimos llegar á Calumpit, donde nos recibieron los americanos colmándonos de atenciones y cuidados y sirviéndonos los mismos jefes el almuerzo, embarcándonos después en el tren para Manila.

¿Es verdad, Patria mía, que todo lo que llevo sufrido en esta triste jornada me hace algo digno de tí y de tu bandera?

No tengo bastante motivo para declararme á tí en queja al verme después de todos mis sufrimientos encadenado como un criminal y preso en mazamorras, tan sólo por mirar con malos ojos á una reacción de hombres inéptos que te han conducido á la ruina y á la deshonra?

Todo lo rudo de mis sufrimientos y que á vuela-pluma te hago mención, hubieran quedado en la obscuridad, si después de todo no hubiera sufrido un escándaloso proceso — que te detallaré — en el que las malas artes de unos que blasonan de querer-

te mucho, quisieron enponzoñar mi honra junto con la lealtad acrisolada que tu me distes; y de una idea redentora que es mi predilecta porque ella y sólo ella puede hacerte grande y digna.

Después de mi vida de cautiverio, creo prudente el hacerte algunas consideraciones sobre las torpezas de tus hombres de gobierno; y también la continuación de mi viacrucis después de Filipinas en España, y por último también te diré algo de la América del Sur que entre varias hijas que tienes, hay una que se llama República Argentina que te quiere mucho.

Lo mismo que esta buena hija, hubieras tenido en las Filipinas otra si tus verdugos hubiesen tomado á tiempo los prudentes consejos de un santo que se llamó y se llama D. Francisco Pi Margall. Hoy tendrías un mercado más para dar vida á tu comercio é industrias; tendrías muchos millones, miles de hijos que quedaron sepultados entre los cañaverales tanto peninsulares como filipinos y por último no tendrías la mancha reprobada, del fusilamiento del sabio é inocente Rizal sólo por el motivo de querer emancipar á su patria y hacer de su tierra un pueblo libre.

¡Pobre Rizal... Parece que estoy viendo su retrato en el salón de conferencias del tribunal de San Fernando, cubierto con gasa negra, y á través de esta revelaba su semblante, el dulce sufrir del que luchó por ideales grandes y redentores.

Como homenaje á tan digno mártir de su Patria, voy á reproducir la vibrante canción que escribió dedicada á su patria en la capilla, pocas horas antes de su muerte.

Dice así:

## ULTIMO ADIOS

¡Adios patria adorada región de sol querida!
perla del mar de Oriente, nuestro perdido eden;
á darte voy alegre la triste mustia vida,
si fuera más brillante, más fresca, más florida

también por tí la diera, la diera por tu bien.
En campos de batalla luchando con delirio
otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pesar;
el sitio nada importa, ciprés laurel ó lirio
cadalso ó campo abierto, combate ó cruel martirio
lo mismo es, si la pierden la patria y el hogar.
Yo muero cuando veo que el cielo se colora
y al fin anuncia el día tras lóbrego capúz;
si grana necesitas para teñir tu aurora,
vierte la sangre mía, derrámala en buena hora
y dórela un reflejo de la naciente luz.
Mis sueños cuando apenas muchacho adolescente,
mis sueños cuando joven ya lleno de vigor
fueron al verte un día, joya del mar de Oriente,
secos los negros ojos, alta la tersa frente
sin ceños sin arrugas ni manchas de rubor.
Ensueño de mi vida: mi ardiente y vivo anhelo!
¡Salud! te grita el alma que pronto va á partir,
¡Salud! ¡Oh! que es hermoso caer por darte vuelo,
morir por darte vida; morir bajo tu cielo,
y en tu encantada tierra la eternidad dormir.
Si sobre mi sepulcro vieses brotar un día
entre la espesa hierba, sencilla humilde flor,
acércala á tus lábios, que es flor del alma mía
y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría
de la ternura el soplo, de tu hálito el calor.
Deja á la luna verme con luz tranquila y suave,
deja que el alba envíe su resplandor fugaz
deja gemir al viento con su murmullo grave
y desciende y posa sobre mi cruz un ave
deja que el ave entone un cántico de paz.
Deja que el sol ardiente las lluvias evapore,
y al cielo tornen puras con mi clamor en pos;
deja que un sér amigo mi fin temprano llore,
y en las serenas tardes, cuando por mi alguien ore
ora también ¡oh Patria! por mi descanso á Dios.
Ora por cuantos tristes murieron sin ventura,
por cuantos padecieron tormentos sin igual;
por nuestras pobres madres que lloran su amargura
por huérfanos y viudas, por presos en tortura,
y porque pronto véas tu redención final.

Y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio
y sólo restos yertos queden velando allí,
no turbes el reposo, no turbes el misterio;
pero si acordes oyes de citara ó salterio,
soy yo, querida patria, yo que te canto á tí.
Y cuando ya mi tumba de todos olvidada,
no tenga cruz, ni piedra que marquen su lugar,
deja que la are el hombre, la esparza con la azada,
que todas mis cenizas se vuelvan á la nada,
y en polvo de tu alfombra se vayan á formar.
Entonces nada importa me pongas en olvido;
tu atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré,
vibrante y limpia nota seré para tu oido;
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
constante repitiendo la esencia de mi fe.
¡Mi patria idolatrada; dolor de mis dolores;
querida Filipinas, oye el postrer adios!
Ahí te lo dejo todo; mis padres, mis amores;
voy dó no hay esclavos, verdugos ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.
¡Adios padres, hermanos, trozos del alma mía,
amigos de la infancia en el perdido hogar!
Dad gracias; ya descanso del fatigoso día.
¡Adios dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!
¡Adiós, queridos seres!... ¡Morir es descansar!

Dr. RIZAL

Manila, 29 diciembre 1896.

¡Quede esta estrofa como homenaje y respeto á la víctima, y como vergüenza y oprobio de los tiranos que decretaron su fusilamiento!

Siguiendo la marcha para la capital del archipélago, por fin llegó el momento en que silbó la locomotora anunciando la llegada.

La alegría que sintieron nuestros corazones al entrar en la ciudad, no hay palabras para expresarla. Pero de repente, cuando nos deteníamos ante el aspecto que se ofrecía á nuestra vista al ver nuevos dominadores de la hermosa perla del Oriente, lágrimas se agolpaban á los párpados y como un estertor

inconscientemente despedía el corazón palabras melancólicas, maldiciendo el regimen y por último, un suspiro ahogaba la palabra de — ¡Hay patria mía!

Instalado en Manila lo primero que me propuse ante el estado precario en que me encontraba, fué el de reanimar á mi espíritu, á creer y persuadirle, de que este día era el principio de una nueva era, teniendo sobre mi cuerpo una camisa interior y un calzoncillo sucios y rotos. Todos mis ahorros perdí en el sitio de Bulacan.

No pasaron muchos días después de mi libertad cuando mi estómago ningún alimento admitía, con una fiebre de 40 grados que concluyó por ponerme en las puertas de la sepultura; pero por fin pude vencerla y por disposición facultativa tenía que embarcar para la península, pero no tenía dinero ni opción á pasaje alguno.

Me acerqué á los representantes que en esta te representaban ó sea á la junta liquidadora y esta no me favoreció en mi pretensión. Esta junta ignoraba los sacrificios que por tí llevaba hechos acudiendo á todas suscriciones y empréstitos para que no te faltase tesoro en la contienda con filipinos, cubanos y norteamericanos.

Un sargento de tu ejército, compadecido de mi, me cedió su pasaje; y con su nombre me embarqué llegando á Barcelona sin ropa para abrigarme, en pleno invierno y la cantidad de diez centavos oro.

Un paisano mío alivió mi situación llevándome con él á una fonda, y el gobernador de esta ciudad me facilitó pasaje hasta Madrid, donde pensaba fácil poder recoger las migajas que en la contienda me quedaron.

Pero en tus oficinas de tortuga, no había oídos ni dinero para abonarme las subsistencias con las que se alimentó tu ejército en el sitio de Bulacan y á los dos años reconocieron ó dieron á mi apoderado un pagaré que en ocho años no le ha llegado el turno ni quizás le llegará para cobrarlo.

Lo mismo ó peor me sucedió con cinco obligaciones provisionales del empréstito de Filipinas que

en depósito tenía en el gobierno de Bulacan, por lo que formalicé una información del gobernador jefe del sitio, administrador y varios empleados más, y por último después de existir las dichas carpetas definitivas en el Banco Colonial de Barcelona fallan en contrario el espediente, fundándose que son documentos al portador; y después de un año de angustia por calles y oficinas, con hambre y frío, tuve que abandonar la capital de tu nación desilusionado, sin migajas, y convencido de la degeneración de los hombres y de tu pueblo donde no existe sentimiento ni amor patrio... Ni la prensa ni nadie se daba cuenta, ni me creían cuando los incitaba á hacer algo en favor de los miles de prisioneros que dejé en el archipélago.

## XIV.

Todo lo cruel de azares y sufrimientos que vengo describiendo, todo proviene, Patria mía, como consecuencia de la ira del cacique de una comarca donde reside el feudo con tanto rigor como en el siglo dieciseis.

Esta clase de feudos á la moderna. son tan temibles en los pueblos rurales, como sus antecesores cuando empleaban la horca y el cuchillo. Mantienen en sus venas la misma sangre despótica; todos los derechos del hombre, los quieren ver postrados á sus pies. Quieren que los caserones donde habitan, tan grandes y oscuros como sus inteligencias sean respetadas y admiradas, y el ciudadano que tiene conocimiento de sus derechos y se declara independiente de ellos, ¡desgraciado de él!

Con la fuerza que les dá la monarquía — pues ésta en estos feudos tiene su sostén — lo sitian de hambre en su industria, lo procesan, lo deshonran, hasta inutilizarlo y se quedan dueños del campo, donde libremente puedan desarrollar sus instintos y procederes tiránicos.

Nada de particular ni de extraño tiene, Patria mía, la vida de azares que te relato al declararme

contrario de tan abominable conducta y no admirar sus caserones ni á sus moradores, y sí solamente, á las acciones humanitarias de las que ellos carecen.

Estas causas son bastantes para resultar víctima de sus ferocidades. En el momento que con más placer y alegría contemplaba el triunfo de mis ideales políticos, y más grato era mi placer por lo difícil de la batalla en un rincón de la España, donde no hay en abundancia nada más que torreones, feudos, escudos, infanzones é iglesias.

Entusiasmado en saborear la victoria conseguida; llegó un conserje del círculo recreativo en que á la sazón me hallaba, anunciándome que una pareja de la benemérita deseaba hablarme. No me hice esperar y al responder por el nombre y apellido que requerían, el cabo con voz de autoridad dijo: — ¡Dese V. preso! — Después de replicarle con qué derecho y por qué me reducía á prisión, me contestó que en cumplimiento de una requisitoria.

Yo, obediente á la ley, me entregué sin resistencia.

Seguidamente me encerraron en un calabozo, incomunicado, y media hora después la misma pareja me conduce á la Villa de Sádava distante de mi pueblo 15 kilómetros.

En este trayecto le dí mil devaneos á mi mente sin poder sospechar los motivos de llevarme preso.

Al llegar á esta villa fuí conducido al cuartel de la guardia civil, y á poco me presentan ante un oficial imbérbe quien me exorta á decir verdad, sobre un corte de postes y robo de hilo en la línea eléctrica que conduce fuerza á esta villa.

En el lugar del hecho encontraron un anónimo en el que se comunicaba que yo había sido el autor del destrozo.

Desde el principio tomé á risas semejantes cargos y el oficial rebasando algo su celo ofendió un tanto mi dignidad, ofensa que no sentí teniendo en cuenta su candidez, y la simpatía que existía en mí de varios jóvenes de su edad, quizá de igual promo-

ción que juntos defendimos tu bandera y juntos sufrimos el cautiverio, y juntos, con la mejor voluntad le extraía á uno las erquirlas de sus heridas.

Pocos momentos después me conducían á encarcelarme á una mazmorra húmeda en la que me tuvieron tres días con cuatro noches incomunicado.

¿Quién había de pensar meses antes, en un meeting que fuí llamado, después de formar un comité republicano; y por lo visto debido á mi propaganda, se dió el copo en las elecciones municipales; y que en estas cárceles debían ir á sufrir mis huesos?

¡Ah! Patria mía! El tiempo que estuve en esta mazmorra fué más cruel para mí que el año sufrido bajo los insurrectos filipinos.

La humedad de mi calabozo, la fatiga de mi mente que preveía las ruindades caciquiles causa de mi prisión, todo esto producía en mi organismo una fiebre espantosa que no me permitía darme cuenta de si estaba despierto ó soñando, hasta que sentí que me llamaban.

— ¡Alcubierre!... ¡Alcubierre!

— ¿Qué hay?

— ¡Que sueño tan pesado tienes! ¿Te sientes enfermo?

— Me encuentro bien.

Al momento me puse en pie no sin notar como doloridos mis huesos de la humedad del calabozo, y al dirigirme al ventanillo por el que penetraba como una lucecita ví que el alguacil que servía de carcelero había desaparecido.

Con la cabeza torturada por las pesadillas y emociones de tan raro sueño, como buscando un medio para percatarme si era sueño ó realidad todo el bullicio de ideas y casos que mi mente tenía impresos, determiné fumar un cigarillo y al llevarlo á mis labios con el fin de encenderlo no pude conseguir mi propósito, pues los fósforos estaban humedecidos, y en un arrebato de cólera los arrojé al suelo, como lo hubiera hecho igual en aquel momento con los fantasmas políticos que con sus hazañas ruines y ras-

treras me tenían encarcelado en aquella mazmorra inquisitorial.

Pocos momentos después, el aguacil entra en mi calabozo aconsejándome me fingiera enfermo con el fin de librarme de ir encadenado á la muñeca de un presidiario.

Sin titubear deseché la proposición trasmitida por el aguacil, y nacida de algún individuo que no dudaba de mi inocencia. Con mi frente sin rubor, quería ganar prosélitos para barrer un día la inmundicia caciquil.

¡Ah! ¡Patria! Según los moralistas, la venganza no debe de existir en ningún corazón noble, pero hay cosas en la vida, que esponen al individuo á rebelarse en contra de las máximas más savias; conduciéndolo á las decisiones más feroces!

Sobre las nueve y media de la mañana del treinta de setiembre de mil novecientos cinco, en compañía del presidiario aludido y unido á su brazo, caminaba por entre la multitud del vecindario de la Villa de Sádava, donde pocos meses antes, después de una oración política, dí el copo al municipio.

En esta burlesca exhibición pude apreciar el tesoro y grandeza que posée la inocencia de un reo. Mi vista no se ruborizaba ante las miradas de los curiosos; las vistas y frentes de los gendarmes y esbirros no tenían fuerzas para resistir ni mis miradas ni las del público.

De la suerte indicada, seguimos caminando de mi pueblo á Sádava, y después por Casteléscar á Sos; donde están las cárceles del partido.

Al llegar á este, me encarcelaron incomunicado, lo que me sirvió para tener tiempo de descansar, y que desapareciese de mis pies la inflamación que me produjeron los veinte y ocho kilómetros, andados de una tirada.

Levantada mi incomunicación, varios amigos me visitaron entregándome uno de ellos, un telegrama del jefe republicano de Aragón, en el que se leía:

— "No dudo ni un momento de la inocencia de Alcubierre". — Casañal".

En igual sentido me decían todos mis correligionarios, incluso D. Pedro Sanz, quien como abogado matriculado me ofreció sus servicios, que yo acepté gustoso.

Veinticuatro días después salí de la cárcel prévia fianza; y cuatro meses después el fiscal de la Audiencia de Zaragoza sobreseyó la causa por falta de pruebas, sobre el delito que en el anónimo me acumulaban.

Seguidamente de notificarme el sobreseimiento, me dirigí con un suelto al periódico "El Progreso,, órgano de la Unión Republicana de la provincia, como sigue: — "Desde Uncastillo — Sr. Director de "El Progreso,, — Muy señor mío y respetable correligionario — No ignorará V. las causas que me han tenido sujeto al silencio más absoluto; por cuyo motivo no he cumplido como corresponsal en esta localidad del periódico que tan dignamente V. dirige.

Los enemigos de las ideas progresivas y por tanto de España, no cejan un momento de urdir maquinaciones que puedan empañar la honra de los que pregonan la emancipación y respeto al cumplimiento de las leyes, por las que el pueblo esclavo pueda redimirse y cooperar á la gran obra de regeneración y europización.

Dos fines me propongo al hacer públicas las causas por las que he sido procesado.

El primero consiste en hacer relación de los hechos que dieron lugar al proceso. Y el segundo, el de hacer presente á los fantasmas laboradores de tan ruines hazañas, que es tan incomprensible el tal proceso, que dejo al tiempo deducir la veracidad de tales maquinaciones y de sus propósitos.

El día 27 de setiembre último, una pareja de la guardia civil de esta localidad, me apresó en cumplimiento de orden superior arrancándome — á pesar de mis protestas — de entre amigos y familia,

conduciéndome á la casa cuartel de la Villa de Sádava en la que se me formó un atestado exhortándome á decir verdad sobre un corte de postes y robo de hilos en la línea que conduce fuerza eléctrica á esta villa y algunos otros pueblos.

En el lugar del hecho encontraron sólo un anónimo dirigido á Casimiro Alcubierre. Esto fué bastante para tenerme encerrado en mazmorras húmedas por el tiempo máximo que la ley autoriza y conducirme encadenado como un criminal autor de horrendos crimenes justificados, y exhibiéndome de esta suerte, tuve que andar veintiocho kilómetros por los pueblos que más afectos tengo, hasta ingresar en la cárcel del partido.

Después de justificar ante la ley mi inocencia, á los veinticuatro días pude salir con fianza, gracias á las diligencias practicadas por nuestro correligionario el abogado de Sos, D. Pedro Sanz.

Este es, pues el atropello de que he sido víctima, cuyos detalles ampliaré en otra carta, por no hacerme en esta más extenso. — Suyo afectísimo amigo seguro servidor L. B. L. M. Casimiro Alcubierre''.

Te doy, Patria, toda clase de datos hasta aquí relatados, para que no extrañes lo raro de mi divagación.

Dejémosle con su reacción á todos esos hijos falsos que con tanto cinismo te ayudan á caer, y que sigan estrechando y conteniendo el dique del progreso, que cuanto más se aferren en ello, con más fuerza reventarán sus compuertas, donde el desborde se encargará de darles el merecido de su proceder.

Hoy lejos de tí, mi mente divaga en el dulce recuerdo que me mereces, y con la tranquilidad que tu hija mantiene en su seno, mi delirio es más sosegado, y ya no sueña con ruedas de cañón que precede el llanto á ellas, con sus estrófas melancólicas y pendones fatídicos· sueña con otra clase de ruedas que son las de los arados y segadoras que éstas son

las que conducen los pueblos á la vida, al engrandecimiento. Esta clase de útiles no enroquecen el suelo patrio con la sangre del hombre; la enrojecen con variedad de florecitas embalsamando éstas con su aromática fragancia el ambiente, donde alegres cantan los pájaros y sus moradores en general, al progreso y á la libertad.

## CAPITULO XV.

Hoy Patria mía, 5 de Mayo de 1906, las travesuras de tus enemigos y míos, me han empujado á la República Argentina y á 280 kilómetros de su capital á trabajar en las faenas agrícolas.

La ley de la recompensa es la bienhechora que á pesar de lo rudo de estos, endulza un tanto mi existencia con el silencio propio del desierto, donde no existen hombres atrofiados por la maldad y falsía, parecidos al réptil, tan abundantes en los países viejos, bajo el yugo y como fruto del regímen tiránico.

Y lo más agradable y digno de admiración que posée este pueblo nuevo, es la hospitalidad que sin trabas y con la voluntad más hidalga recibe al emigrante con el amor más humanitario y fraternal, propio todo de un pueblo que sabe lo que hace y le conviene para hacerse grande y fuerte.

Vigorosa y altanera sigue tu hija el camino del engrandecimiento; desde que se emancipó de tí, por su propio esfuerzo, al denegarle el opresor su libertad de acción, en su mayor edad. Pero ya pasaron los días de disgusto que sobrellevó para romper las cadenas opresoras, y hoy esta joven y hermosa matrona y como emblema de amor y arrogancia, estrecha con su mano á su pueblo, y á todo ciudadano que por el camino evolutivo, quiere llegar á la Confederación Universal.

Como recuerdo grato de tí conservan sus hombres de gobierno el idioma y tus mejores costumbres, perfeccionándose todo lo posible, para llegar á ser

un día una nación culta y educada á la moderna, como lo reclama el progreso de las ciencias y cosas todas.

Como prueba de lo que te digo, voy á hacer una referencia de sus progresos que como madre cariñosa te complacerás en ello.

La República Argentina, se posa en uno de los países más extensos del mundo y figura entre los más favorecidos por la naturaleza. Está comprendida entre los grados 22.o y 56.o de latitud Sur y los 53.o y 74.o de longitud oeste del meridiano Greenvich. Tiene pues cerca de 3.800 kilómetros desde la extremidad Norte á la Sur y sobre 1.400 de Oriente á Ocidente. La extensión superficial es de unos 3 millones de kilómetros cuadrados, y la población de cinco millones de habitantes.

La forma de gobierno de la Nación Argentina es la República Federal, Representativa y Democrática.

El gobierno es Republicano porque el poder no está vinculado en una persona ó familia, ni es vitalicio ni hereditario; pues lo ejerce por períodos de seis años un ciudadano argentino elegido por el pueblo con el título de Presidente y que, terminado su mandato, no puede ser elegido de nuevo hasta que no haya transcurrido, al menos, otro período de seis años.

De este modo se evita la dictadura y la tiranía.

La República Argentina es federal porque la autoridad no se ejerce sólo de un centro, sino en varias provincias, cada una de las cuales tiene su departamento y su gobierno y se administra libremente en todo lo que no se oponga á la Constitución.

Es representativa porque, aunque la soberanía emana del pueblo, éste la ejerce por medio de representantes ó delegados.

Es democrática porque establece la igualdad de los ciudadanos ante la ley, sin reconocimiento de previlegios á ninguna persona ó clase social.

El poder público es uno, más para su mejor

ejercicio, se divide en tres ramas, que llevan los nombres de Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial respectivamente.

El Presidente de la República es el jefe del Poder Ejecutivo y el primer magistrado de la Nación. Ejerce el gobierno con ayuda de ocho imnistros, que son: el del Interior; Relaciones Exteriores v Culto; Hacienda; Justicia é Instrucción Pública, Agricultura; Obras Públicas; Guerra y Marina.

El Poder Legislativo está encargado de dictar y reformar las leyes. Consta de dos Cámaras: la de Diputados de la Nación, que representa todo el pueblo argentino y la de Senadores, que representa las provincias y la Capital Federal. Cada provincia, lo mismo que la capital elige dos senadores.

El Poder Judicial está representado por la Corte Suprema de Justicia; los jueces federales, las Cámaras de Apelaciones, los jueces correccionales y otros jueces inferiores.

Las provincias eligen á sus gobernadores por dos ó más años, según la provincia, y también á los demás funcionarios provinciales así como á los miembros de la legislatura.

Cada provincia se divide en varios departamentos, gobernados en lo civil por un jefe político y en lo urbano por un intendente ó jefe municipal.

Las gobernaciones nacionales están administradas por un gobernador, nombrado por el Presidente de la República de acuerdo con el Senado y que ejerce durante tres años el puesto.

Pueden organizar las gobernaciones su legislatura desde que tengan 30 mil habitantes y cuando la población sube hasta los 60 mil, tienen derecho á ser declarados provincias de la Nación.

La organización de esta próspera República es la misma que políticamente nos la presentó en su programa D. Francisco Pi y Margal.

Fundamentado este pueblo y al amparo de su Constitución, nótase su desarrollo á pasos de gigan-

te: y véase como justificante de ello, el desenvolvimiento y grandeza de la Capital del Estado.

La ciudad de Buenos Aires se extiende sobre la margen derecha del Río de la Plata, en el que tiene un soberbio puerto de 9 kilómetros de longitud, con dos grandes dársenas — Norte y Sur — y 4 diques de 25 pies de profundidad, á que afluyen más de cuatro mil grandes embarcaciones por año. La carga y descarga de las mercaderías se hace con grandes aparatos hidráulicos, situados juntos á los mismos depósitos fiscales. Este puerto siempre lleno de navíos, es uno de los primeros del mundo.

Se llama con razón á Buenos Aires, la gran Metrópoli del Sur, porque sólo es la mayor ciudad de la América latina, sino que no tiene rival en el hemisferio sur del mundo.

En la extensión del área que ocupa no la aventaja sino Londres y Nueva York, unida con Brooklin. El plano central de Buenos Aires es un paralelográmo orientado de N. á S. cortado por calles que se cruzan en ángulo recto, formando cuadras de 120 metros de lado. Extendidas todas las calles en una sola, formarían una vía de mil kilómetros.

Todo este vasto desarrollo de este pueblo que ramífica frondoso, es mi idealismo que mitiga mi espíritu torturado y maltrecho por mis enemigos y amigos políticos; quienes los primeros me censuraban de tener ideas muy radicales y los segundos de retrógadas.

Todo lo cruel que lleva consigo este destierro que la consecuencia política me impone, la Providencia me depara momentos de gran satisfacción, presentando ante mi vista cuadros que resplandecen los medios puestos en práctica, para el perfeccionamiento de la sociedad.

En uno de los momentos más aburridos, que sentí después de echar pie en tierra, y de mi estancia en la capital federal, la casualidad me condujo al encuentro con un condiscípulo de mi pueblo de naturaleza, el que me ofreció su casa en la Estancia

la Argentina, propiedad de D. Carlos M. Casares, donde ejercía como preceptor en el colegio que tan filantrópico señor sostiene.

Instalado en altos-hornos, como podríale llamar el gran novelista frances Emilio Zola, me percaté de lo real no sin dudar si podría ser un sueño; pero toda duda desapareció de mí al acordarme que estaba en un país republicano, y que toda la sociedad por igual respira aires y pensamientos progresivos.

Al sentarme en la mesa que tan digno preceptor me ofrecía, ví á lo largo y á derecha é izquierda dos filas de mesas las que ocupaban de treinta y cinco á cuarenta niños con abundantes viandas y servicio de mesa cual pueden usar en un colegio militar.

Estos niños son los hijos de los empleados del señor Casares.

Están instalados con el mayor aseo y comodidad, empleando dos grandes naves pararelas, una para comedor y cocina, y la otra para dormitorio y cuarto de baño. Todo está lo más perfecto sin escatimar nada para su solidez y bienestar. Para cada niño, hay una cama de hierro con muelle, buenas sábanas, mesilla de noche y demás.

Como á unos diez metros de distancia de estas, hay otra nave destinada á clase; ésta está amueblada al efecto, con bueno y aseado material, sin escasear en nada la colección de mapas geográficos, anatomía, y gran variedad de libros de texto, como gramática, aritmética, urbanidad y cortesía, historia patria, Constitución Argentina, el derecho constitucional, gobierno propio, Agricultura, Geometría y ganadería, todos con el título, "La Escuela Moderna".

Todos los alumnos están á una altura increíble incluso los que llevan nada más que ocho meses que leen correctamente y escriben al dictado con hermosa forma de letra, sabiendo bien las cuatro reglas de arimética.

El entusiasmo producido en mí al palpar este

benéfico proceder de los fundadores, una exclamación salió del fondo de mi corazón.

¿Serán ingratos estos obreros y sus hijos con el señor Casares, recibiendo todo este gran beneficio, esta educación, gratuítamente?

— Creo que nó. — Me contestó D. Joaquín Muñoz preceptor del mismo.

— Así sea — le repliqué — y si resultase lo contrario, al respecto que por tal proceder se merece, la sociedad y la satisfacción de haber obrado bien les recompensará.

Juzgando detenidamente la diferencia que existe entre este pueblo nuevo, y tu nación desventurada, el alma de los hijos que te quieren mucho ¡Ah Patria! se contrista de dolor; de ahí vengo á descifrar el enigma del patriotismo desplegado por los españoles residentes en estos repúblicas.

Por todos los lados que se dirije la vista, se ve resaltar el progreso, mientras que en tu suelo no se vé nada más que plazas de toros, más detestables que el circo romano; abundan también los conventos é iglesias y caserones con escudos de marmol negro, como presintiendo é imitando las tinieblas en cuya oscuridad han perecido tus hijos del pasado y pretenden todavía que perezcan los del presente y venidero.

¡Pobre Patria! ¡Cuantos desastres y vergüenzas caen sobre tí! Y tu pueblo: dormidos unos; atrofiados y degenerados otros, dejan correr el tiempo hasta el punto de parecer y titular tu nación como una segunda Rusia.

No es la primera vez que esta palabra ha llegado á mis oídos de labios de extranjeros, y ante verdad tan concreta, mi amor propio ha tenido que doblegarse.

Después de la pérdida de tu imperio colonial, no se puede concebir de que los ciudadanos de ideales un tanto radicales, y hasta los demócratas, consientan seguir en el parlamento engañando el pueblo con

la política de cubileteo como tiene dicho D. Joaquín Costa.

Estos republicanos parlamentarios, no sé por qué, y hasta que punto pueden aguantar tan burlesca comedia, después de los desengaños sufridos y el más vergonzoso el que trata de la cuestión religiosa.

Un día, patria mía, creí en el próximo momento de tu redención. Pocos meses después de hecha la unión de los partidos republicanos, la monarquía zozobraba y no se necesitaba mucha esfuerzo para derrumbarla.

El caciquismo de toda tu nación, que es el que sostiene el régimen actual, temblaron ante tal unión y despavoridos corrieron muchos á ingresar en el partido de unión y otros blasonaban de ser muy republicanos y por inconveniencia á sus intereses no lo demostraban cual lo sentían.

Pero poco tiempo duró el terror en estos: fué nombrado jefe del partido republicano español á D. Nicolás Salmerón, y en vez de traer la república por la revolución como el pueblo lo pedía en todos los mitins que dirigía la palabra, nos trajo la solidaridad pactada con los catalanistas.

A raíz de este desencanto contrae matrimonio el monarca, con la princesa inglesa, y el caciquismo éste por su conveniencia en la ocultación de sus propiedades, ven el resurgimiento de su política; al mismo tiempo se dan cuenta de que el partido republicano no tiene hombres de acción para derrocar el régimen, naciendo por tales fundamentos una reacción monárquica, que durará hasta que se señale que Inglaterra no protege nuestros tratados comerciales, como muchos ilusos soñaron á raíz del tal enlace.

Esta desilusión, y la banca-rota que puede acarrear lo irrisorio de la distribución de tu presupuesto; solo ésto es bastante para que el mal estar que sufre tu pueblo, se aumente de un modo irresistible; y de ahí puede venir tu resurgimiento; después de demoler hasta lo más insignificante de este régimen actual que gasta la mitad del presupuesto, en pagar

interés de la deuda y la otra mitad en todo lo que es inútil y nada reproductivo.

¡Pobre Patria mía! Ni el siglo pasado ni el presente se apiadan de tí! Sin desasir tus pies de las cadenas que te cargó el oscurantismo en los tiempos inquisitoriales, otras nuevas cadenas caen predispuestas á no dejarte caminar un paso por el camino donde puedes llegar al engrandecimiento que por tu historia y tu suelo mereces!

¡Ah! ¡Costa! ¡Costa! que floja anda la "piqueta y el bisturí"!

Denigrante es para nuestra Nación la clase de compadres que con más mala voluntad que cinismo, trata de exclavizarnos y oprimir el impetu de progreso y salvación.

Ya que has pasado por tanto vilipendio, no pierdas, patria, la esperanza de lo que puede traer consigo los nuevos albores del mañana; junto á la represión de tus verdugos tienen que nacer hombres de vergüuenza que detestarán la política de cubileteo, y el pueblo digno los seguirán ansiosos hasta demoler todo lo que te aniquila y deshonra. Porque no se concibe que nuestros hombres del radicalismo, y hasta representantes del pueblo que abrigan los ideales liberales, puedan resistir tanta bofetada parlamentaria, siendo la más soez y escandalosa, la que trata de la cuestión religiosa.

Por un sin fin de caminos puede venir el chispazo que inflame la sangre de tus hijos que no está contaminada ni atrofiada en el deshonor y la falsía, y de estos nacerá tu resurgimiento y el principio de tu prosperidad.

